

6



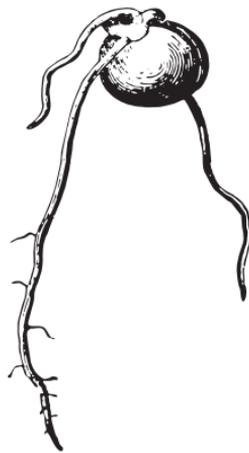
ABYA YALA:

CUENTOS LATINOAMERICANOS

COLECCIÓN SEMILLA



UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE BOLÍVAR





COLECCIÓN
SEMILLA

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE BOLÍVAR

Abya Yala: cuentos latinoamericanos / Horacio Quiroga, Rubén Darío, Adela Zamudio Rivero [y otros 12]; coordinador editorial y compiladora Ingrid Silva Arroyo, Graciela Franco Martínez, Cielo Patricia Puello Sarabia; compilador Alexander Casalins Pérez; ilustradora Geraldín Acevedo; diseñador Jaxir Díaz Salcedo; prologuista Aleyda Gutiérrez Mayesoy; - - Cartagena de Indias: Ediciones Unitecnológica, 2020

107 páginas: ilustraciones. – (Colección Semilla; no. 6)

ISBN: 978-958-8862-74-3 (papel) ISBN: 978-958-8862-75-0 (digital)

1. Literatura latinoamericana 2. Cuentos latinoamericanos. I. Zamudio Rivero, Adela II. Bello López, Andrés de Jesús, María y José III. Machado de Assis, Joaquim María IV. Quiroga Forteza, Horacio Silvestre V. Lillo Figueroa, Baldomero VI. Ramos Sucre, José Antonio VII. Lugones, Leopoldo Antonio VIII. Wilde, José Eduardo IX. Güiraldes, Ricardo X. Del Casal Y De La Lastra, Julián XI. Del Campo Valle, Ángel Efrén XII. Nervo, Amado XIII. Darío, Rubén XIV. Gómez Carillo, Enrique XV. Payró, Roberto Jorge XVI. Silva Arroyo, Ingrid XVII. Franco Martínez, Graciela Victoria XVIII. XIX. Puello Sarabia, Cielo Patricia XX. Casalins Pérez, Alexander XXI. Acevedo, Geraldín XXII. Leiva De Oro, Juan Gabriel XXIII. Gutiérrez Mavesoy, Aleyda XXIV. Serie. VI. Título.

863

C 111

CDD23

COMITÉ EDITORIAL

Graciela Franco Martínez

Ingrid Silva Arroyo

Cielo Puello Sarabia

Lisette Urquijo Burgos

Alexander Casalins Pérez

COLECCIÓN SEMILLA

Semilla #6 Abya Yala: Cuentos latinoamericanos - Selección de cuentos

©Ediciones Unitecnológica, 2020

Prólogo

Aleyda Gutiérrez Mavesoy

Portada

Geraldín Acevedo

Ilustraciones

Geraldín Acevedo

Diagramación

Jaxir Díaz Salcedo

Ediciones UTB

ISBN: 978-958-8862-74-3 (papel) ISBN: 978-958-8862-75-0 (digital)



Universidad
Tecnológica
de Bolívar

CARTAGENA DE INDIAS

www.utb.edu.co

©Todos los derechos reservados.

La reproducción parcial o total de esta obra por distintos medios queda prohibida, salvo autorización de los editores de la presente versión.

RECTOR

Alberto Roa Varelo

VICERRECTOR ACADÉMICO

Daniel Toro González

VICERRECTORA ADMINISTRATIVA Y FINANCIERA

María del Rosario Gutiérrez de Piñeres

DECANA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Graciela Franco Martínez

DECANO ESCUELA DE NEGOCIOS

Rolando Ariza Olaya

**DECANA DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS EN DESARROLLO
ECONOMÍA Y SOSTENIBILIDAD - IDEEAS**

Tania Jiménez Castilla

DECANO DE INGENIERÍAS

Jose Luis Villa Ramírez

DECANO DE CIENCIAS BÁSICAS

Jorge Luis Muñiz Olite

DECANO DE EDUCACIÓN

William Arellano Cartagena

COORDINADORA DE HUMANIDADES

Ingrid Silva Arroyo

COORDINADOR EDITORIAL

EDICIONES UTB

Juan Gabriel Leiva de Oro

ABYa YaLa:
CUENTOS LATINOAMERICANOS



12
PRÓLOGO

19
La razón Y La fuerza
ADELA ZAMUDIO | BOLIVIA

21
EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO
ANDRÉS BELLO | VENEZUELA

23
UN APÓLOGO
J. M. MACHADO DE ASSIS | BRASIL

27
EL REGISTRO
BALDOMERO LILLO | CHILE

35
EL mandarín
JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE | VENEZUELA

39
Una noche de edén
HORACIO QUIROGA | URUGUAY

47
EL ESPÍRITU NUEVO
LEOPOLDO LUGONES | ARGENTINA



49

ALMA CALLEJERA

EDUARDO WILDE | ARGENTINA

53

EL POZO

RICARDO GÜIRALDES | ARGENTINA

57

LA ÚLTIMA ILUSIÓN

JULIÁN DEL CASAL | CUBA

65

LA MUERTE DE ABELARDO

ÁNGEL DEL CAMPO | MÉXICO

71

EL HORÓSCOPO

AMADO NERVO | MÉXICO

75

HUITZILOPOXTLI

RUBÉN DARÍO | NICARAGUA

83

LA PANTOMIMA

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO | GUATEMALA

95

REPORTAJE ENDIABLADO

ROBERTO JORGE PAYRÓ | ARGENTINA

 Entrar a la realidad por la ventana 

POR: ALEYDA GUTIÉRREZ MAVESOY*

**PHD en Letras Modernas de la Universidad de Sao Paulo (2019), directora del Departamento de Creación Literaria de la Universidad Central. Estudiosa de la Literatura latinoamericana y del Caribe, la literatura escrita por mujeres y la narrativa colombiana de finales del siglo XX.*

En un partido de fútbol, cuando estás atacando y el balón llega a tus pies; debes decidir mínimo entre tres opciones: pasarla a un solo toque esperando hacer paredes, salir corriendo como un bólido por una de las bandas o, simplemente, tomar el centro y enfrentar el bloque de la defensa. Todo esto en fracciones de segundos; a veces te sale bien, a veces no tanto; tranquilo Bobby, tranquilo, sabes que en la siguiente jugada seguro tienes revancha. Lo mismo, pero opuesto, sucede si estás en la defensa: tus decisiones dependen de lo que ves del equipo contrario en la cancha, o de lo que estudiaste de otros partidos suyos; haces suposiciones de por dónde irá el jugador atacante, imaginas la distribución de tus compañeros en el área y actúas de acuerdo a tus inferencias. En síntesis, si estás activo en el partido, es decir si anticipas a tu oponente, o haces gol o mantienes tu arco en cero. De manera similar actuamos cuando leemos.

Leer es trabajar nos dice el maestro Estanislao Zuleta y lo entiendo, siguiendo el símil, como el papel activo que debemos cumplir cuando entramos a jugar con el texto, porque cuando leemos ponemos a trabajar a la imaginación de la mano de la razón. Con esta última entendemos los textos, sin embargo, es con la imaginación que nos proyectamos mientras estamos leyendo: hacemos inferencias sobre lo que podría seguir en la historia, el verso, la imagen o los personajes; con ella construimos las imágenes poéticas que nos proponen y en diálogo con el pensamiento racional las hacemos cosas en el mundo. Le damos sentido de realidad.

El placer de la lectura va más allá de lo que puedes aprender a través de los libros, los medios audiovisuales o la web. Ya sé que el modelo comunicativo basado en la relación emisor-receptor mató el espíritu colaborativo que implica todo

acto de lectura y esta mirada ha llevado a pensar que es una actividad que ya pocos realizan. Contrario a lo que nos repiten una y otra vez desde las instituciones educativas; los jóvenes leen más y mejor. Lo que sucede es que lo hacen fuera de dicho ámbito: cuando chatean por el *whatsApp*, visitan los blogs o páginas de sus artistas favoritos, o simplemente hacen comentarios en las redes sociales, están siendo agentes activos como lectores. La cuestión está en el divorcio entre el mundo de la vida y el espacio educativo ¿Cómo traducir esa experticia al mundo académico?

Considero que la salida está en la erradicación del mito que naturaliza ese divorcio. Lograr que los jóvenes dejen atrás la idea de que leer es una tarea y, por lo tanto, aburrida, como toda obligación. Con esto interpelo no sólo a los profesores, también a los jóvenes que se acercan de manera pasiva a los textos, especialmente los literarios clásicos. ¿Leer *María*? ¡Aburrido! ¿No soltar *La Vorágine*? ¡De nerds! ¿Acabar *Cien años de soledad*? ¡De locos!... y así podemos seguir dando ejemplos de la mirada negativa frente a la lectura de los textos clásicos. Pero, justamente, por andar con los prejuicios se pierden de un placer enorme: conocer el mundo, no sólo como es, sino como podría llegar a ser, como podríamos evitar que fuera, o, lo que es mejor, como nos gustaría que fuese. En esta particular cualidad omnipresente de un clásico es que encontramos su permanencia en el tiempo: su eterna vigencia radica en que nos sentimos interpelados por ellos. Siempre y cuando seamos lectores activos.

¿Que leer literatura no tiene una función material en el mundo social? Lo sabemos. ¿Que no sirve para algo concreto? Lo defendemos los literatos, es cierto. Pero, leemos a los clásicos porque nos conectan con nuestras propias

representaciones del mundo: pura potencia que cobra forma en mi cabeza, en la tuya, en la de los otros, en la de cada uno de nosotros, de manera única. Es tal vez por eso que la versión cinematográfica nunca se parece a la que creamos en nuestra imaginación, porque aportamos nuestra experiencia, nuestras emociones, nuestros sentimientos, en síntesis, hacemos parte del universo que leemos.

Estoy convencida de que en este acto se obra un poco de magia, un poco de alquimia y, especialmente mucho de morbo. Me explico, al entrar a una casa por la puerta, nos introducimos al mundo social, a lo que se quiere mostrar de ella: lo que el propietario considera digno de que los otros conozcan. Por la ventana entramos como el voyerista, fisgoneamos por los cuartos, los baños, los rincones que guardan secretos y se nos revelan los claroscuros de la vida íntima. Por la ventana descubrimos lo que se intenta ocultar sobre quiénes somos y por qué somos lo que somos.

Esta Antología de cuentos nos brinda la oportunidad de descubrir cómo era la casa de América Latina después de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX; cómo se pensaban a los hombres y las mujeres en ese tiempo, qué valores sociales se ponían en pugna; cuáles temas eran de mayor preocupación y cómo a través de los cuentos se revelaba eso que llamamos la condición humana en las nacientes naciones latinoamericanas. Propongo que, así como nos disponemos un sábado o en vacaciones para maratonear series, entremos en estos cuentos para descubrir quiénes hemos sido; para mejor ver quiénes somos; para disfrutar del placer que implica imaginar otros tiempos, otros espacios; para percibirnos revelados, desnudados, afirmados, contrariados, chocados,

transformados en estas casas habitadas por los grandes clásicos de la literatura latinoamericana.

Aunque leer es trabajar, participar activamente de la construcción de sentido de las historias, las imágenes las formas; nadie dijo que por ello debería ser menos placentero. Disfruto como lectora a la manera del “Alma callejera” de Eduardo Wilde: “Como un núcleo flotante de humo negro, mi alma merodea sobre las azoteas, desciende a los patios, gira alrededor de las plantas y de repente se lanza a las habitaciones por los postigos entreabiertos”. Los invito a ustedes, ahora, a entrar a la realidad por la ventana de esta Antología.





La razón Y La Fuerza

Adela Zamudio | Bolivia

La Razón y la Fuerza se presentaron un día ante el tribunal de la Justicia a resolver un reñido litigio. La Justicia se declaró en favor de la Razón. La Fuerza alegó sus glorias que llenan la historia y su innegable preponderancia universal en todas las épocas; pero la Justicia se mostró inflexible.

—Tus triunfos no significan para mí más que barbarie; sólo sentenciaré a tu favor cuando te halles de acuerdo con la Razón, le dijo.

Las dos litigantes se retiraron, cada cual por su lado, y en el camino, la Fuerza se encontró con la Hipocresía y le contó el fracaso que acababa de sufrir.

—Has declarado tus ambiciones con demasiada franqueza, díjole ésta. — Si te hubieses revestido de los atributos de tu enemiga, el resultado hubiera sido distinto.

La Fuerza aprovechó el consejo: aguardó a que la Razón estuviese dormida o descuidada, le robó sus vestiduras, se disfrazó con ellas, y adoptando sus maneras y lenguaje, se presentó a la Justicia con su memorial en la mano.

—Leedlo, señora, le dijo. Todo lo que pido es en nombre de la Patria, de la Humanidad, de la Religión.

La Justicia que es algo cegatona, se colocó los anteojos, puso su visto bueno al documento y le imprimió el sello agosto de su ministerio.

La Fuerza se fue en busca de la Hipocresía.

—Eres hábil, le dijo, y me conviene tomarte a mi servicio; pero la vileza repugnante de tu aspecto podría perjudicarme. Es necesario que cambies de traje.

La Hipocresía se dirigió a casa de la Prudencia.

—Vecina, dijo, hágame el favor de prestarme uno de sus trajes, el más decente. Me propongo una loable empresa.

La Prudencia mantiene su lámpara encendida y goza de muy buena vista, pero el papel había estado tan bien representado que se engañó: creyó en las buenas intenciones de aquella vecina y le confió un traje de diplomático.

Desde entonces, cuando la Fuerza no puede realizar por sí sola alguna de sus hazañas, se asocia a la Hipocresía y casi siempre logra triunfar.

EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO

Andrés Bello | Venezuela

A un Caballo dio un Toro tal cornada, que en todo un mes no estuvo para nada.

Restablecido y fuerte, quiere vengar su afrenta con la muerte de su enemigo; pero como duda si contra el asta fiera, puntiaguda, arma serán sus cascos poderosa, al Hombre pide ayuda.

—«De mil amores, dice el Hombre. ¿Hay cosa más noble y digna del valor humano, que defender al flaco y desvalido, y dar castigo a un ofensor villano?»

Llévame a cuestras tú, que eres fornido; yo le mato, y negocio concluido».

Apercibidos van a maravilla los aliados; lleva el Hombre lanza; riendas el buen rocín, y freno, y silla, y en el bruto feroz toman venganza.

—«Gracias por tu benévola asistencia, dice el corcel; me vuelvo a mi querencia; desátame la cincha, y Dios te guarde».

—«¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio pagas así?»

—«Yo no pensé...»



—«Ya es tarde para pensar; estás a mi servicio; y quieras o no quieras, en él has de vivir hasta que mueras».

Pueblos americanos, si jamás olvidáis que sois hermanos, y a la patria común, madre querida, ensangrentáis en duelo fratricida, ¡ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña el costoso favor, falaz, precario, más de temer que la enemiga saña.

¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre? Demandar por salario tributo eterno y dura servidumbre.



UN APÓLOGO

J. M. Machado de Assis | Brasil

La baronesa tenía a la modista siempre a su lado, para no verse obligada a buscarla cuando la necesitaba. Llegó la costurera, tomó la tela, tomó la aguja, tomó el hilo, introdujo el hilo de la aguja y empezó a coser. Una y otro iban yendo orondos, tela adentro, que era la mejor de las sedas, entre los dedos de la costurera, ágiles como los galgos de Diana –para darle a esto un color poético. Y decía la aguja:

–Y bien, señor hilo, ¿no se da cuenta que esta distinguida costurera sólo se interesa por mí? Soy yo la que va de aquí para allá en sus dedos, pegadita a ellos, perforando hacia abajo y hacia arriba...

El hilo no respondía nada; iba andando. Cada orificio abierto por la aguja era llenado en seguida por él, silencioso y activo, como quien sabe lo que hace, y no está dispuesto a oír palabras insensatas. La aguja, viendo que no le respondía, también calló y prosiguió su camino. Y era todo silencio en la salita de costura; no se oía más que el plicplic- plicplic de la aguja en la tela. Cuando ya caía al sol, la costurera dobló la

prenda hasta el otro día; prosiguió en esa su tarea y aun en el siguiente, hasta que el cuarto día terminó su obra y aguardó la velada del baile.

Llegó esa noche, y la baronesa se preparó. La costurera, que la ayudó a vestirse, llevaba la aguja prendida a su pechera, por si hacía falta dar algún punto. Y mientras terminaba el vestido de la bella dama, tirando de un lado y de otro, recogiendo de aquí o de allá, alisando, abotonando, abrochando... el hilo, para mofarse de la aguja, le preguntó:

—Y bien, dígame ahora quién irá al baile en el cuerpo de la baronesa, haciendo parte del vestido y de la elegancia. ¿Quién va a bailar con ministros y diplomáticos, mientras usted vuelve al costurero antes de terminar en la cesta de mimbre de las mucamas?

Parece que la aguja no dijo nada; pero un alfiler, de cabeza grande y no menor experiencia, le susurró a la pobre aguja:

—Espero que hayas aprendido, tonta. Te cansas abriéndole camino a él y es él quien se va a gozar la vida, mientras tú terminas ahí, en el costurero. Haz como yo, que no le abro camino a nadie. Donde me clavan, ahí me quedo.



EL REGISTRO

Baldomero Lillo | Chile

La mañana es fría, nebulosa, una fina llovizna empapa los achaparrados matorrales de viejos boldos y litros raquíuticos. La abuela, con la falda arremangada y los pies descalzos, camina a toda prisa por el angosto sendero, evitando en lo posible el roce de las ramas, de las cuales se escurren gruesos goterones que horadan el suelo blando y esponjoso del atajo. Aquella senda es un camino poco frecuentado y solitario que, desviándose de la negra carretera, conduce a una pequeña población distante legua y media del poderoso establecimiento carbonífero, cuyas construcciones aparecen de cuando en cuando por entre los claros del bosque allá en la lejanía borrosa del horizonte.

A pesar del frío y de la lluvia, el rostro de la viejecilla está empapado en sudor y su respiración es entrecortada y jadeante. En la diestra, apoyado contra el pecho, lleva un paquete cuyo volumen trata de disimular entre los pliegues del raído pañolón de lana.

La abuela es de corta estatura, delgada, seca. Su rostro, lleno de arrugas con ojos oscuros y tristes, tiene una expresión

humilde, resignada. Parece muy inquieta y recelosa, y a medida que los árboles disminuyen se hace más visible su temor y sobresalto.

Cuando desembocó en la linde del bosque, se detuvo un instante para mirar con atención el espacio descubierto que se extendía delante de ella como una inmensa sábana gris, bajo el cielo pizarroso, casi negro en la dirección del noreste.

La llanura arenosa y estéril estaba desierta. A la derecha, interrumpiendo su monótona uniformidad, se alzaban los blancos muros de los galpones coronados por las lisas techumbres de zinc relucientes por la lluvia. Y más allá, tocando casi las pesadas nubes, surgía de la enorme chimenea de la mina el negro penacho de humo, retorcido, desmenuzado por las rachas furibundas del septentrión. La anciana, siempre medrosa e inquieta, después de un instante de observación pasó su delgado cuerpo por entre los alambres de la cerca que limitaba por ese lado los terrenos del establecimiento, y se encaminó en línea recta hacia las habitaciones. De vez en cuando se inclinaba y recogía la húmeda chamiza, astillas, ramas, raíces secas desparramadas en la arena, con las que formó un pequeño hacecillo que, atado con un cordel, se colocó en la cabeza.

Con este trofeo hizo su entrada en los corredores, pero las miradas irónicas, las sonrisas y las palabras de doble sentido que le dirigían al pasar, le hicieron ver que el ardid era demasiado conocido y no engañaba a los ojos perspicaces de las vecinas.

Pero, segura de la reserva de aquellas buenas gentes, no dio importancia a sus bromas y no se detuvo sino cuando se encontró delante de la puerta de su vivienda. Metió la llave en la cerradura, hizo girar los goznes y una vez adentro corrió el cerrojo.

Después de tirar en un rincón el haz de leña y de colocar encima de la cama cuidadosamente el paquete, se despojó del rebozo y lo suspendió de un cordel que atravesaba la estancia a la altura de su cabeza.

En seguida encendió el montoncillo de virutas y de carbón que estaba listo en la chimenea y sentándose al frente en un pequeño banco, esperó. Una llama brillante se levantó del fogón e iluminó el cuarto en cuyos blancos muros desnudos y fríos se dibujó la sombra angulosa y fantástica de la abuela. Cuando el calor fue suficiente, puso sobre los hierros la tetera con agua para el mate y yendo hacia la cama desenvolvió el paquete y colocó su contenido, una libra de hierba y otra de azúcar, en un extremo del banco donde ya estaba el pocillo de loza desportillado y la bombilla de lata.

Mientras el fuego chisporrotea la anciana acaricia con sus secos dedos la hierba fina y lustrosa de un hermoso color verde, deleitándose de antemano con la exquisita bebida que su gatzate de golosa está impaciente de saborear.

Sí, hacía ya mucho tiempo que el deseo de paladear un mate de aquella hierba olorosa y fragante era en ella una obsesión, una idea fija de su cerebro de sexagenaria. Pero cuán difícil le había sido hasta entonces procurarse la satisfacción de aquel apetito, su vicio, como ella decía; pues su nietecillo José, portero de la mina, ganaba tan poco, treinta centavos apenas, lo indispensable para no morir de hambre. ¡Y era el chico su único trabajador!

Mientras la hierba del despacho era tan mediocre y tenía tan mal gusto, allá en el pueblo había una finísima, de hoja pura y tan aromática que con solo recordarla se le hacía agua la boca. Pero costaba tan caro ¡Cuarenta centavos la libra! Es verdad que por la del despacho pagaba el doble, pero el pago

lo hacía con fichas o vales a cuenta del salario del pequeño, en tanto que para adquirir la otra era necesario dinero contante y sonante.

Mas, no era esa sola la única dificultad. Existía también la prohibición estricta para todos los trabajadores de la mina de comprar nada, ni provisiones, ni un alfiler, ni un pedazo de tela fuera del despacho de la Compañía. Cualquier artículo que tuviera otra procedencia era declarado contrabando y confiscado en el acto, siendo penadas por las residencias con la expulsión inmediata del contrabandista.

Durante largos meses fue atesorando centavo por centavo en un rincón de la cama, bajo el colchón, la cantidad que le hacía falta. Cuidando que su nieto tuviese lo necesario, privábase ella de lo indispensable y, poco a poco, el montoncillo de monedas de cobre fue aumentando hasta que por fin la suma reunida era no solo suficiente para comprar una libra de hierba, sino también un poco de azúcar, de aquella blanca y cristalina que en el despacho no se veía nunca.

Mas, ahora venía lo difícil. Ir hasta el pueblo, efectuar la compra y luego volverse sin despertar las sospechas de los celadores, que como Argos con cien ojos vigilaban las idas y venidas de las gentes. Se atemorizaba. Perdía todo su valor. ¿Qué sería de ella y del niño en aquel invierno que se presentaba tan crudo si acaso la arrojaban del cuarto, dejándola sin pan ni techo donde cobijarse?

Pero el dinero estaba ahí, tentándola, como diciéndole:

-Vamos, tómame, no tengas miedo.

Escogió un día de lluvia en que la vigilancia era menor y, muy temprano, en cuanto el pequeño hubo partido a la mina, cogió las monedas, echó llaves a la puerta, y se internó en el llano, llevando el rollo de cuerdas que le servía para

atar los haces de leña que iba a recoger de vez en cuando en el bosque.

Mas, una vez que se hubo alejado lo bastante, salvó la cerca de alambres y tomó el estrecho sendero que, evitando el largo rodeo de la carretera, llevaba en línea recta hacia el pueblo. La distancia era larga, muy larga para sus pobres y débiles piernas; pero la recorrió sin grandes fatigas gracias a la suave temperatura y a la excitación nerviosa que la poseía.

No fue así la vuelta. El camino le pareció áspero, interminable, teniendo que detenerse a ratos para tomar aliento. Luego, experimentaba una gran zozobra por la realización de aquel delito al cual su conciencia culpable daba proporciones inquietantes.

La burla de la temida prohibición de hacer compras fuera del despacho la sobrecogía como la consumación de un robo monstruoso. Y a cada instante le parecía ver tras un árbol la silueta amenazadora de algún celador que se echaba repentinamente sobre ella y le arrancaba a tirones el cuerpo del delito.

Varias veces estuvo tentada de tirar el paquete comprometedor a un lado del camino para librarse de aquella angustia, pero la aromática fragancia de la hierba que a través de la envoltura acariciaba su olfato la hacía desistir de poner en práctica una medida tan dolorosa. Por eso cuando se encontró a solas dentro de la estancia, libre de toda mirada indiscreta, la acometió un acceso de infantil alegría.

Y mientras el agua pronta a hervir dejaba escapar el runrún que precede de la ebullición, la abuela con las manos cruzadas en el regazo seguía con la vista las tenues volutas de vapor que empezaban a escaparse por el curvo pico de la tetera.

A pesar del cansancio atroz de la larguísima caminata, experimentaba una dulce sensación de felicidad. Iba por fin a saborear de nuevo los exquisitos mates de antaño, los mismos que eran su delicia cuando aún existían aquellos que le fueron arrebatados por esa insaciable devoradora de juventud: la mina, que debajo de sus plantas, en el hondo de la tierra extendía la negra red de sus pasadizos, infierno y osario de tantas generaciones.

De improviso un recio golpe aplicado en la puerta la arrancó de sus meditaciones. Un terrible miedo se apoderó de ella y maquinalmente, sin darse cuenta casi de lo que hacía, tomó el paquete y lo ocultó debajo del banco. Un segundo golpe más recio que el primero seguido de una voz áspera e imperiosa que gritaba: ¡Abra, abuela, pronto, pronto! la sacó de su inmovilidad. Se levantó y descorrió el cerrojo.

El jefe del despacho y su joven dependiente fueron los primeros en transponer el umbral seguidos de cerca de dos celadores que llevaban a la espalda grandes sacos que depositaron en el suelo enladrillado. La anciana se había dejado caer sobre el banco.

Inmóvil, paralizada, miraba delante de sí con cara de idiota; y la boca entreabierta y la mandíbula caída revelaban el colmo de la sorpresa y del espanto. Mientras su cuerpo se diluía, se achicaba hasta convertirse en algo pequeñísimo e impalpable, la imponente figura de aquel señor de barba rubia y retorcidos mostachos, envuelto en su lujoso abrigo, tomaba proporciones colosales, llenaba el cuarto, impidiendo toda tentativa para escurrirse y ocultarse.

Entretanto, el dependiente, un jovenzuelo avisgado y ágil, ayudado por los celadores había empezado el registro. Después de tirar a un lado los cobertores de la cama, dar vueltas al

colchón y palpar la paja por sobre la tela, abrieron el pequeño baúl y, uno por uno, fueron arrojando al centro del cuarto los harapos que contenía, haciendo equívocos comentarios sobre aquellas prendas, tan rotas y deshilachadas, que no había por dónde cogerlas. Luego hurgaron por los rincones, removieron de su sitio los escasos y miserables utensilios y de pronto se detuvieron mirándose a la cara desorientados.

El jefe, de pie delante de la puerta, en actitud severa y digna observaba los movimientos de sus subordinados sin despegar los labios.

El dependiente dirigiéndose a uno de los hombres le preguntó:

-¿Estás seguro de haberla visto atravesar los alambrados?

El interpelado repuso:

-Tan seguro, señor, como ahora lo estoy viendo a usted. Salía del atajo y apostaría diez contra uno a que venía del pueblo.

Hubo un pequeño silencio que la voz breve del jefe interrumpió:

-Bueno, regístrenla ahora a ella.

Mientras los dos hombres cogían de los brazos a la anciana y la sostenían en pie, el jovencillo efectuó en un instante la odiosa operación.

-No tiene nada -dijo, enjugándose las manos que se le habían humedecido al recorrer los pliegues de la ropa mojada.

Y todo habría terminado felizmente para la abuela si el mozo en su afán de no dejar sitio sin registrar no se hubiera acercado a la banca y mirado debajo.

Apenas se hubo inclinado cuando se irguió dirigiendo hacia el patrón su mirada radiante de júbilo.

-¡Vea dónde lo tenía, señor, esta vieja de los diablos!

El patrón ordenó secamente:

-Llévese eso y retírense.

Cuando el dependiente y los celadores hubieron salido, el jefe contempló un instante la ruin y miserable figura de la anciana encogida y hecha un ovillo en el asiento y luego tomando un aspecto imponente adelantó algunos pasos y con voz severa la increpó:

-Si no fuera usted una pobre vieja ahora mismo la hacía desocupar el cuarto, arrojándola a la calle. Y esto, en conciencia, sería lo justo, pues usted lo sabe muy bien, abuela, que comprar algo fuera del despacho es un robo que se hace a la Compañía. Por ahora y por ser la primera vez se la perdono, pero para otra ocasión cumpliré estrictamente con mi deber, Quédese con Dios y pídale que le perdone este pecado tan deshonoroso para sus canas.

34

La abuela se quedó sola. Su pecho desbordaba henchido de gratitud por la bondad del patrón y hubiera caído de rodillas a sus plantas si la sorpresa y el temor no la hubieran paralizado. Sin levantarse del asiento se volvió hacia la chimenea e inclinó la cabeza pesadamente.

Afuera el mal tiempo aumenta por grados; algunas ráfagas entreabren la puerta y avivan el fuego moribundo, arremolinando sobre la nuca de la viejecilla las grises y escasas guedejas que ponen al descubierto su cuello largo y delgado con la piel rugosa adherida a las vértebras.

EL mandarín

José Antonio Ramos Sucre | Venezuela

Yo había perdido la gracia del emperador de China.

No podía dirigirme a los ciudadanos sin advertirles de modo explícito mi degradación.

Un rival me acusó de haberme sustraído a la visita de mis padres cuando pulsaron el tímpano colocado a la puerta de mi audiencia. Mis criados me negaron a los dos ancianos, caducos y desdentados, y los despidieron a palos.

Yo me prosterné a los pies del emperador cuando bajaba a su jardín por la escalera de granito. Recuperé el favor comparando su rostro al de la luna.

Me confió el debelamiento y el gobierno de un distrito lejano, en donde habían sobrevenido desórdenes. Aproveché la ocasión de probar mi fidelidad.

La miseria había soliviantado a los nativos. Agonizaban de hambre en compañía de sus perros furiosos. Las mujeres abandonaban sus criaturas a unos cerdos horripilantes. No era posible roturar el suelo sin provocar la salida y la difusión de miasmas pestilenciales. Aquellos seres lloraban



el nacimiento de un hijo y ahorran escrupulosamente para comprarse un ataúd.

Yo restablecí la paz descabezando a los hombres y vendiendo sus cráneos para amuletos. Mis soldados cortaron después las manos de las mujeres.

El emperador me honró con su visita, me subió algunos grados en su privanza y me prometió la perdición de mis émulo.

Sonrió dichosamente al mirar los brazos de las mujeres convertidos en bastones.

Las hijas de mis rivales salieron a mendigar por los caminos.





UNA NOCHE DE EDÉN

Horacio Quiroga | Uruguay

No hay persona que escriba para el público que no haya tenido alguna vez una visión maravillosa. Yo he gozado por dos veces de este don. Yo vi una vez un dinosaurio, y recibí otra vez la visita de una mujer de seis mil años. Las palabras que me dirigió, después de pasar una noche entera conmigo, constituyen el tema de esta historia.

Su voz me llegó no sé de dónde, por vía radioestelar, sin duda, pero la percibí por vulgar teléfono, tras insistentes llamadas a altas horas de la noche. He aquí lo que hablamos:

-¡Hola! -comencé.

-¡Por fin! -respondió una voz ligeramente burlona, y evidentemente de mujer-. Ya era tiempo...

-¿Con quién hablo? -insistí.

-Con una señora. Debía bastarle esto...

-Enterado. ¿Pero qué señora?

-¿Quiere usted saber mi nombre?

-Precisamente.

-Usted no me conoce.

-Estoy seguro.

-Soy Eva.

Por un momento me detuve.

-¡Hola! -repetí.

-¡Sí, señor!

-¿Habla Eva?

-La misma.

-Eva... ¿Nuestra abuela?

-¡Sí, señor, Eva sí!

Entonces me rasqué la cabeza. La voz que me hablaba era la de una persona muy joven, con un timbre dulcísimamente salvaje.

-¡Hola! -repetí por tercera vez.

-¡Sí!

-Y esa voz... fresca... ¿es suya?

-¡Por supuesto!

-¿Y lo demás?

-¿Qué cosa?

- El cuerpo...

-¿Qué tiene el cuerpo?

Bien se comprende mi titubeo; no demuestra sobrado ingenio el recordarle su cuerpo a una dama anterior al diluvio. Sin embargo:

-Su cuerpo... ¿fresco también?

-¡Oh, no! ¿Cómo quiere usted que se parezca al de esas señoritas de ahora que le gustan a usted tanto?

Debo advertir aquí que esa misma noche, en una reunión mundana, yo me había erigido en campeón del sentimiento artístico de la mujer. Con un calor poco habitual en mí, había sostenido que el arte en el hombre, totalmente estacionado después de recorrer cuatro o cinco etapas alternativas e iguales en suma, había proseguido su marcha ascendente

de emociones en la mujer. Que en su indumentaria, en sus vestidos, en el corte de sus trajes, en el color de las telas, en la sutilísima riqueza de sus adornos, debía verse, vital y eterno, el sentimiento del arte.

Esto había dicho yo. ¿Pero cómo lo sabía ella?

-Lo sé -me respondió-, porque todos ustedes piensan lo mismo. Igual pensaba Adán.

-Pero creo entender -repuse- que en el paraíso no había más mujer que usted...

-¿Y usted qué sabe?

Cierto; yo nada sabía. Y ella parecía muy segura. Así es que cambié de tono.

-Quisiera verla... -dije.

-¿A quién?

-A usted.

-¿A mí?

-Sí.

-¡Ah!, es usted también curioso... Le voy a causar horror.

-Aunque me lo cause...

-Es que... (Y aquí una larga pausa)... no estoy vestida. ¿Comprende usted? En el fondo del espacio donde me hallo... Y además, soy demasiado vieja para no infundir horror... aun a usted. Puedo sin embargo vestirme, si usted me proporciona ropas, con una condición...

-¡Todas!

-Oh, muy pocas... Que me lleve con usted a ver señoras bien vestidas... como se visten ahora. ¡Oh, condescienda usted!... Hace miles de años que tengo este deseo, pero nunca como... desde anoche. Antes nos preocupábamos muy poco del vestido... Ahora ha llegado la mujer al límite en el sentimiento del arte.



Mis propias palabras, como se ve.

-Desde ese oscuro fondo del tiempo y del espacio -argüí-, ¿cómo?

-La serpiente de Adán, señor mío...

-¿De Adán? No, señora; suya.

-No, de Adán. De las mujeres son yararás que usted conoce, y una que otra serpiente de cascabel...

-*Crotalus terrificus*- observé.

-Eso es. Pero no son las víboras, sino el maravilloso vestido de la mujer de ahora lo que deseo ver. No puedo imaginarme qué puede ser ese arte sutil que enloquece a las personas como usted.

Por segunda o tercera vez la ilustre anciana la emprendía conmigo. ¿Qué hacer? Yo podía proporcionar a mi interlocutora las ropas que esperaba de mí, y podía también proseguir la aventura que llegaba hasta mí desde el fondo de la eternidad, a través de un trivial teléfono.

Fue lo que hice. Coloqué a su pedido las ropas tras el biombo de la chimenea, y bruscamente surgió ella ante mí, envuelta hasta los pies en negro manto. Llevaba antifaz con encaje, y en las manos guantes negros. Yo podía haber presentido, de fijar un instante más los ojos en su silueta, lo que había en realidad de esquelético en aquella fosca aparición. No lo hice, y procedí mal.

Sin ver, pues, más que aquella decrepita figura, terriblemente arrepentido de mi condescendencia, salimos del escritorio, y media hora más tarde llegábamos a una casa de mi relación, cuyas tres hermosísimas chicas reunían esa noche a unos cuantos amigos.

Lo que fue toda esa sesión: mi presencia en compañía de una ilustre anciana que por razones de estado deseaba

conservar el incógnito; la burlesca estupefacción de las chicas que charlaban sin perder de vista al fenómeno; los esfuerzos míos para alejar de la situación un ridículo inexorable, las sonrisitas cruzadas de las damas ojeándonos sin cesar a la momia y a mí, toda esa interminable noche fue mucho más larga de sufrir que de contar.

Regresamos a casa sin haber cambiado una palabra, ni en el auto ni en los instantes en que dejé el sobretodo sobre una silla, y el sombrero no sé dónde. Pero cuando me hube sentado de costado al fuego, sin mirar otra cosa que el hogar de la chimenea y disgustado hasta el fondo de mi alma, la dama, de pie, tomó entonces la palabra.

-Yo me voy, señor -me dijo-. Ni por mi situación ni por mi edad estoy en estado de permanecer más en su compañía. Por grata que me sea, pues no soy desagradecida. He visto lo que deseaba, y me devuelvo. Pero antes de partir deseo que usted oiga algunas palabras.

“Ustedes, los hombres, se han hartado de proclamar que la coquetería es patrimonio de las hijas de Eva, -culpa mía, si usted quiere- y que el mundo marcha mal desde que la primera mujer coqueteó con la serpiente... Yo podría aclarar este concepto, pero no quiero volver sobre una historia demasiado vieja ... aun para mí. Puedo decir, no obstante, que el adorno, la coquetería en la mujer, era una cosa muy sencilla, pues no teníamos para coquetear más que la cabellera. Después hubo otras muchas cosas... Pero a pesar de nuestra orfandad al respecto, algo pude hacer con mis diecisiete años... Usted debe saberlo por la Biblia.

“Pues bien: desde mucho tiempo atrás yo quería reencarnar en la vida contemporánea; mas era indispensable para ello, que viera cómo se visten las mujeres de ahora.

“¿Qué podía hacer yo, con mi pobre coquetería del Paraíso, con mis escasos adornos de muchacha anterior al diluvio? Por esto, y desesperanzada ya de reencarnar por largo tiempo con una nueva vida, he tomado la determinación de hacerlo por unas breves horas, y he elegido las horas pasadas para ponerme en contacto con el escritor que me escucha... y con las señoritas que gustan a ese escritor.

“Por lo poco que he visto, el mundo de ustedes ha progresado inmensamente en seis mil años, y hay ahora cosas admirables. Lo que no hay, óigame usted bien, es progreso en el adorno de la mujer. Ustedes lo creen así, porque dichos adornos cuestan dinero. En mi época, una chica estaba bien vestida cuando, además de ser bella, llevaba en los cabellos flores o plumas de garza, tapados de pieles sobre los hombros, sargas de perlas en el cuello, y un abanico de grandes plumas en la diestra.

“Hoy, señor enamorado, después de seis mil años de febril progreso, de incalculables esfuerzos de la inteligencia y del arte, de sutiles refinamientos estéticos, hoy las mujeres bien vestidas llevan, exactamente como en las edades salvajes, plumas en la cabeza, pieles en los hombros, piedras en el cuello, flores en la cabeza y grandes plumas en la mano.

“¿Dónde está el progreso, quiere usted decirme? ¿Qué ha inventado de nuevo la mujer actual? ¿En qué revela su decantado refinamiento de arte?

“¡Bah, señor! Ustedes se dejan engañar a sabiendas, con su devoción feminista; pero salvo uno que otro detalle, la dama original y elegante de hoy debe recurrir fatalmente para su adorno a los miserables elementos del oscuro mundo primitivo: las pieles, las plumas, las piedritas que brillan.

“Y no sólo no se ha conquistado nada, sino que se ha rebajado el valor de tales adornos. El valor de una piel sedosa

está en la fatiga que ha costado el obtenerla. El amante primitivo que a costa de su sangre conquistó al animal mismo, la piel para adornar con ella a su amada, consagró con ese precio el alto valor del adorno. Es bella la piel en los hombros de una muchacha porque el hombre que la amaba se desangró por conseguírsela. Este es su valor, como el de una obra de arte cualquiera, que para ser tal debe dejar exhausto un corazón.

“Hoy no es la muchacha más amada la que le luce la piel, sino aquella cuyo padre tiene más dinero. Y volveré a la nada en que he dormido seis mil años, sin comprender cómo las amigas de usted, y las otras y todas las mujeres de hoy, sienten tanto orgullo de lucir una piel que no ha conquistado el varón que aman, sino que han debido pagar muy caro al peletero; y sin comprender tampoco cómo ustedes los hombres no se mueren de vergüenza cuando se sienten orgullosos de ver a sus novias lucir un adorno que ustedes mismos han sido incapaces de obtener, y por el que otro hombre, también joven y buen mozo como ustedes dio todo su valor y su sangre en una cacería salvaje.

“Sólo esto quería decirle. Ahora, señor, me devuelvo. Le he sido a usted demasiado cargosa con mi ancianidad y mis tonterías para que no conserve usted de mí ni el recuerdo...”

Permanecí impasible, sin apartar los ojos del fuego.

-¿Quiere usted, sin embargo, guardar un vago recuerdo mío? Lo autorizaría a usted a sacarme una fotografía...

Dijo; y sin hacerme rogar de nuevo, pues deseaba concluir de una vez con aquel atroz absurdo, me levanté, también sin mirar a la dama, volví con la máquina, y a toda prisa apreté el obturador.

¡Por fin! Eché una mirada salvadora al biombo que debía ocultarla de nuevo.

-¡Oh, esta vez no hay necesidad! -murmuró ella-. Con que cierre usted un instante los ojos, basta...

¡Los cerré con rabia, y cuando los abrí no había ya nadie allí!

Aquí concluye la historia. Y lo que sigue no es sino un eterno remordimiento.

Al hallarme solo, me hallé también sin sueño por el resto de la noche.

Y mitad por distracción, mitad por curiosidad fotográfica, revelé la placa.

¡Oh! ¿Qué razón no ha concebido a Eva desnuda como el cielo, virgen y hermosísima en la primera alba del Edén?

No una decrepita momia envuelta en negro: una criatura de diecisiete años, indescriptiblemente pura y curiosa, era lo que revelaba la fotografía. Y yo no había sabido verlo.

Al día siguiente, a las mismas altas horas de la noche, el teléfono sonó.

Era ella.

Cuanto alcanza un hombre a expresar de remordimiento, lo expresé en mi largo discurso.

-¡Vuelva! -supliqué por toda conclusión.

-No puedo -repuso ella. Y más burlonamente aún-: Estoy desnuda...

-Yo cazaré tigres para usted...

-¿Usted, cazar tigres?... Usted es un cazador de historietas y no siempre verosímiles... Pero le estoy muy agradecida, sin embargo. Y si alguna vez vuelvo...

La voz se cortó. No oí más. Ni al día siguiente, ni después, nunca.

EL ESPÍRITU NUEVO

Leopoldo Lugones | Argentina

En un barrio mal afamado de Jafa, cierto discípulo anónimo de Jesús disputaba con las cortesanas.

-La Magdalena se ha enamorado del rabí -dijo una.

-Su amor es divino -replicó el hombre.

-¿Divino?... ¿Me negarás que adora sus cabellos blondos, sus ojos profundos, su sangre real, su saber misterioso, su dominio sobre las gentes; su belleza, en fin?

-No cabe duda; pero lo ama sin esperanza, y por esto es divino su amor.



ALMA CALLEJERA

Eduardo Wilde | Argentina

No puedo dormir; mi alma se sale de mi cuerpo y se va a la calle semi-oscura y húmeda, donde los faroles de gas parecen jaulas aburridas, que encierran canarios moribundos ardiendo.

Mi alma va topando las paredes de trecho en trecho o cayendo en su vuelo incierto, sobre las veredas, como la sombra de un pájaro ciego.

Mi alma huida marcha escondiéndose como si tuviera un paquete de intenciones ocultas debajo del brazo, o como si fuera una criada mercenaria que llevara un niño recién nacido a dejarlo clandestinamente en una puerta.

Mi alma avanza, avanza, a pesar de sus caídas y revoloteos, como una mancha que está dentro de los ojos, siguiendo en una dirección resultante, su ruta a través de las penumbras fantásticas que obstruyen la vía pública.

Mi alma viaja a favor de la noche y del silencio, su cómplice, como un capullo oscuro que va delante de los ojos y se pega cual sombra a los objetos, alargando su forma entre los huecos y saltando tangente en las aristas.

Busca un barrio, una casa, husmea las hendiduras de las puertas, se levanta, se asoma al ojo de la llave, huye como soplada por el viento, trepa por los barrotes de las ventanas, desaparece y su forma se esparce sobre la alfombra de una sala donde ha caído atravesando los vidrios entre dos varillas de persiana.

Un movimiento más y está como la proyección de un cuerpo, a inmensa distancia, sin que se vea el camino recorrido. Y luego temblando como un tul carbonizado puesto al extremo de un alambre fino, vuelve a golpearse en las paredes de la casa asediada, enfilando los ángulos, subiendo a las cornisas y elevándose sobre los muros para estampar su luto en el horizonte a través del vacío y volver fatigada del salto, a buscar pacientemente su entrada.

Como un núcleo flotante de humo negro, mi alma merodea sobre las azoteas, desciende a los patios, gira alrededor de las plantas y de repente se lanza a las habitaciones por los postigos entreabiertos.

Un ruido leve la estremece; es un suspiro que se escapa de entre las cortinas del lecho donde duerme una mujer. Mi alma se difunde sobre aquel cuerpo adorado, visita sus formas, se arrastra sobre ellas diseñadas bajo las finas telas, sigue las curvas de su busto, rodea el óvalo de su cara, enfila sus labios... la respiración la rechaza... un perfume la penetra... se aproxima de nuevo... una aspiración la absorbe y la instala dentro del seno más querido...

De allí no se moverá nunca; allí estará mezclada con la sangre de la mujer amada, recorriendo sus nervios y viajando de su corazón a su cabeza.

Allí vivirá siempre, alimentando su propia pasión, y yo, sin alma, me levantaré mañana para pasear mis ojos muertos

sobre las indiferencias de la vida, viviendo de prestado y gestionando mi bocado de pan con mi cuerpo vacío, sin otra aspiración en la tierra que amarla y que me ame.





EL POZO

Ricardo Güiraldes | Argentina

Sobre el brocal desdentado del viejo pozo, una cruz de palo roída por la carcoma miraba en el fondo su imagen simple. Toda una historia trágica.

Hacia mucho tiempo, cuando fue recién herida la tierra y pura el agua como sangre cristalina, un caminante sudoroso se sentó en el borde de la piedra para descansar su cuerpo y refrescar la frente con el aliento que subía del tranquilo redondel. Allí le sorprendieron el cansancio, la noche y el sueño; su espalda resbaló al apoyo y el hombre se hundió golpeando blandamente en las paredes hasta romper la quietud del disco puro.

Ni tiempo para dar un grito o retenerse en las salientes, que le rechazaban brutalmente después del choque. Había rodado llevando consigo algunos pelmazos de tierra pegajosa. Aturdido por el golpe, se debatió sin rumbo en el estrecho cilindro líquido hasta encontrar la superficie. Sus dedos espasmódicos, en el ansia agónica de sostenerse, horadaron el barro rojizo. Luego quedó exánime, solo emergida la cabeza,



todo el esfuerzo de su ser concentrado en recuperar el ritmo perdido de su respiración.

Con su mano libre tentó el cuerpo, en que el dolor nacía con la vida. Miró hacia arriba: el mismo redondel de antes, más lejano, sin embargo, y en cuyo centro la noche hacía nacer una estrella tímidamente.

Los ojos se hipnotizaron en la contemplación del astro pequeño, que dejaba, hasta el fondo, caer su punto de luz. Unas voces pasaron no lejos, desfiguradas, tenues; un frío le mordió del agua y gritó un grito que, a fuerza de terror, se le quedó en la boca. Hizo un movimiento y el líquido onduló en torno, denso como mercurio. Un pavor místico contrajo sus músculos, e impelido por esa nueva y angustiosa fuerza, comenzó el ascenso, arrastrándose a lo largo del estrecho tubo húmedo; unos dolores punzantes abriéndole las carnes, mirando el fin siempre lejano como en las pesadillas.

Más de una vez, la tierra insegura cedió su peso, crepitando abajo en lluvia fina; entonces suspendía su acción tendido de terror, vació el pecho, y esperaba inmóvil la vuelta de sus fuerzas.

Sin embargo un mundo insospechado de energías nacía en cada paso; y como por impulso adquirido maquinalmente, mientras se sucedían las impresiones de esperanza y desaliento, llegó al brocal, exhausto, incapaz de saborear el fin de sus martirios. Allí quedaba, medio cuerpo de fuera, anulada la voluntad por el cansancio, viendo delante suyo la forma de un aguaribay como cosa irreal...

Alguien pasó ante su vista, algún paisano del lugar seguramente, y el moribundo alcanzó a esbozar un llamado. Pero el movimiento de auxilio que esperaba fue hostil. El gaucho, luego de santiguarse, resbalaba del cinto su facón, cuya empuñadura, en cruz, tendió hacia el maldito. El infeliz

comprendió: hizo el último y sobrehumano esfuerzo para hablar; pero una enorme piedra vino a golpearle en la frente, y aquella visión de infierno desapareció como sorbida por la tierra.

Ahora todo el pago conoce el pozo maldito, y sobre su brocal, desdentado por los años de abandono, una cruz de madera semipodrida defiende a los cristianos contra las apariciones del malo.



La ÚLTIMA ILUSIÓN

Julián Del Casal | Cuba

Yo no me suicidaré, – me decía mi amigo Arsenio, arrellanándose en un cojín de terciopelo azul, donde un dragón de oro abría sus fauces siniestras para cazar una mariposa de nácar, – yo no me suicidaré, te repito, porque me aterran los dolores físicos, por leves que sean; pero comprendo que, como muchos hombres, estoy en el mundo de más.

Estas frases melancólicas, dichas en voz baja (con esa voz tan baja de los seres degenerados, voz que parece extraerse de las cavidades más profundas del organismo y filtrarse luego por un velo de muselina para salir al exterior), fueron pronunciadas por mi compañero al final de una larga conversación, en la que yo había tratado de arrancarle, por todos los medios posibles, del retraimiento voluntario en que se marchitaban los días floridos de su juventud. No me causaron extrañeza alguna, porque yo sabía que estaba dominado, desde la adolescencia, por las ideas más tristes, más extrañas y más desconsoladoras.

–Mi alma es una rosa, solía decir en ciertas horas de intimidad, valiéndose de una frase gráfica, pero una rosa que

sólo atrae mariposas negras.– Así es que al oír la sombría respuesta que daba a mis palabras, más bien que tratar de consolarlo, porque no hubiera hecho más que exacerbar su nerviosa sensibilidad, yo buscaba un tema para extraviar el curso de sus pensamientos, cuando lo vi incorporarse en el asiento, ponerse pálido al instante, dilatar sus pupilas grises y, moviendo su cabeza fina y altanera, tan semejante a la de algunos retratos de Clouët, oí que me decía, como si ensayase un monólogo:

–Sí, no te quede duda, yo estoy en el mundo de más. Lo peor es que, como te he dicho, hay muchos que se encuentran en el mismo caso. Sólo que algunos no se aperciben de eso, mientras que yo me doy cuenta de ello con la más perfecta lucidez. ¿Has ido al campo, en la época de la siega, alguna ocasión? Si has estado alguna vez, habrás podido observar que las segadoras, después de recogida la cosecha, suelen dejar en el surco algunos granos olvidados. Ni la tierra los fecunda, ni alimentan a los pájaros. Allí se pudren, día por día, bajo el influjo del viento, de la lluvia y del sol. Eso mismo le sucede a algunos hombres. La muerte, esa visión macabra de cabellos blancos que, con una hoz de plata en la mano, en un bosque de naranjos, segando cabezas de dioses, de reyes, de guerreros, de sacerdotes y de enamorados, sufre también esos olvidos crueles. Yo soy uno de aquellos seres que, en el campo de la vida, ha dejado de recoger.

–¡Oh, cállate! – le interrumpí, – tú eres demasiado joven todavía para desesperar...

–Sí, soy muy joven, pero eso no importa: aunque tengo veintisiete años, me parece que llevo siglos dentro del corazón. La edad no es un instrumento que regula invariablemente nuestra temperatura espiritual. Hay organizaciones que, a los

ochenta años, conservan un calor primaveral, mientras hay otra que, a los veinte, se sienten heladas por los rigores del invierno más crudo, del invierno que no termina jamás. No es preciso, por otra parte, haber vivido mucho, para calcular la suma de dichas que podemos esperar. La historia del mundo nos lo demuestra en sus páginas. Hojeando cualquiera de ellas, se comprende en seguida que, tanto los bienes como los males, han sido siempre los mismos, pudiendo afirmarse que, no ambicionando los unos ni temiendo los otros, es lógico prescindir en absoluto de todos. Interesarme por la vida, equivaldría para mí a entrar en un campo de batalla, afiliarme a un ejército desconocido, ceñirme los bélicos arreos y, con las armas en la mano, combatir por extraño ideal, sin ambicionar los lauros de la victoria, ni temer las afrentas de la derrota. ¿Habría situación más enervante, más desastrosa y más desesperada?

–Pero tú tenías antes, –le repliqué, – grandes ensueños, grandes aspiraciones.

–Sí, pero todos me han abandonado, porque todos son imposibles de realizar. Yo era como un faro encendido, frente al desierto marino, que arroja sus dardos de fuego en la negrura de las ondas. Aves errantes, al llegar la noche, iban a refugiarse en sus grietas, huyendo de los azotes del viento y de la lumbre de los relámpagos. Pero, no habiendo encontrado en su recóndito seno, calor para sus plumas, ni alimento para su pico, desertaron todas, una por una, hasta dejarme en la más aterradora soledad.

–Entonces es que, como te decía el más sabio, a la vez que el más puro de tus amigos, tú no sabes desear.

–Quizás sea eso, yo lo comprendo; mas, ¿quién nos enseña esa ciencia oculta? Y si un día la aprendemos ¿al ponerla

en práctica, no demostraríamos que estábamos ya domados y escarnecidos por la misma vida, puesto que teníamos que someterle de antemano cada idea que iluminase nuestra inteligencia, cada latido que agita nuestro corazón? Además, ¿puedo aspirar a algo, en nuestro medio social, que esté en consonancia con mi carácter, con mi educación o con mis inclinaciones? Implantar aquí mis ensueños, ¿no equivaldría a sembrar rosas en una peña o a procrear mariposas en una cisterna? ¿Qué carrera podría elegir para llegar a la cima de la felicidad? ¿La de comerciante? No me daría por recompensado de tal sacrificio si supiera que, al cabo de diez años, tendría en mis arcas un tesoro mayor que el de un Rajah de las Indias. ¿La de burócrata? Basta entrar un día en cualquier oficina, para conocer las diversas especies del vampirismo o los futuros huéspedes de las prisiones de Ceuta. ¿La de político? Ella me conduciría, desde el primer paso, a la picota del ridículo, donde sucumbiría maniatado por mi impotencia y asaetado por los dardos del desprecio popular. ¿La de jurisconsulto? Erigirse en juez de un semejante, estando sujeto a las mismas vicisitudes, para escarnecerlo, en nombre de leyes humanas, me ha parecido siempre la más nefasta de todas las aberraciones. ¿La de médico? Yo creo que, dado el atraso de esa ciencia, para elegir esa carrera se necesita ser el más inconsciente o el más depravado de los hombres. ¿La de sacerdote? aparte de que para ella se requiere vocación, ¿hay un monasterio entre nosotros que, por la grandeza de sus tradiciones, por las austeridades de sus reglas, por las bellezas de sus ritos o por las virtudes de sus moradores sea capaz de atraer el alma enferma que, como un cisne ennegrecido de todo vuela al límpido estanque, acuda allí a purificarse de las miserias terrenales?

-Te comprendo perfectamente, -exclamé yo, - pero creo que el remedio está en tus manos.

-¿Cuál es?

-El de irte lejos.

-Sí, lejos; pero, ¿dónde?

-Pues a París: ¿ya no te gusta esa tierra de promisión?

-Te diré: hay en París dos ciudades: la una execrable y la otra fascinadora para mí. Yo aborrezco el París que celebra anualmente el 14 de julio; el París que se exhibe en la Gran Opera, en los martes de la Comedia Francesa o en las avenidas del Bosque de Bolonia; el París que veranea en las playas a la moda e inverna en Niza o en Cannes; el París que acude al Instituto y a la Academia en los días de grandes solemnidades: el París que lee *El Figaro* o *la Revista de Ambos Mundos*; el París que, por boca de Deroulede, pide un día y otro la revancha contra los alemanes; el París de Gambetta y de Thiers; el París que se extasía con Coquelin y repite las canciones de Paulus; el París de la alianza franco-rusa; el París de las exposiciones universales; el París orgulloso de la Torre Eiffel; el París que hoy se interesa por la cuestión de Panamá; el París, en fin, que atrae millares y millares de seres de distintas razas, de distintas jerarquías y de distintas nacionalidades. Pero adoro, en cambio, el París raro, exótico, delicado, sensitivo, brillante y artificial; el París que busca sensaciones extrañas en el éter, la morfina y el haschisch; el París de las mujeres de labios pintados y de cabelleras teñidas; el París de las heroínas adorablemente perversas de Catulle Mendès y René Maizeroy; el París que da un baile rosado, en el palacio de lady Caithnes, al espíritu de María Estuardo; el París teósofo, mago, satánico y ocultista; el París que visita en los hospitales al poeta Paul Verlaine; el París, que erige estatuas a

Baudelaire y a Barbey d'Aureville; el París que hizo la noche en el cerebro de Guy de Maupassant; el París que sueña ante los cuadros de Gustavo Moreau y de Puvis de Chavannes, los paisajes de Luisa Abbema, las esculturas de Rodin y la música de Reyer y de Mlle. Augusta Holmès; el París que resucita al rey Luis II de Baviera en la persona del conde Roberto de Montesquieu-Fezensac; el París que comprende a Huysmans e inspira las crónicas de Jean Lorrain; el París que se embriaga con la poesía de Leconte de Lisle y de Stéphane Mallarmé; el París que tiene representado el oriente en Judith Gautier y en Pierre Loti, la Grecia en Jean Moréau y el siglo XVIII en Edmond de Goncourt; el París que lee a Rachilde, la más pura de las vírgenes, pero la más depravada de las escritoras; y el París, por último, que no conocen los extranjeros y de cuya existencia no se dan cuenta tal vez.

–Y entonces, ¿por qué no te marchas?

–Porque si me fuera, yo estoy seguro de que mi ensueño se desvanecería, como el aroma de una flor cogida en la mano, hasta quedar despojada de todos sus encantos; mientras que viéndolo de lejos, creo todavía que hay algo, en el mundo, que endulza el mal de la vida, algo que constituye mi última ilusión, la que se encuentra siempre, como perla fina en cofre empolvado, dentro de los corazones más tristes, aquella ilusión que nunca se pierde, quizás...



La muerte de Abelardo

Ángel Del Campo | México

Todavía en la mañana lo ví platicando con varios amigos suyos; merodeó, como de costumbre, las fondas del vecindario y echóse a eso de las ocho de la mañana precisamente frente al zaguán, en una hermosa mancha dorada de sol.

Cuando Jesusa, la portera, dueña suya, entró volviendo de la compra, entregóse *Abelardo* a locas carreras por la calle; bien sabía que era hora del almuerzo y seguía con la mirada atenta y la cola expresiva a la respetable señora. Hubo risas de manteca hirviendo en el sartén, escapóse el aroma de la salsa; en el sótano, que fungía de portería, y en torno de la estera, mueble de innúmeros usos, se agrupó la familia, y *Abelardo*, sentado sobre las patas traseras, ocupó un lugar entre el albañil y el niño que gateaba empuñando una tortilla hecha del comal.

Jamás -una experiencia adquirida a fuerza de contusiones se lo había enseñado-, jamás *Abelardo* se permitió avanzar el hocico, ladrar, gruñir o externar manifestación alguna de apetito; él miraba con ojos vivarachos de perro *bohémio* cómo,

de la cazuela central, pasaba a las otras el guiso, seguía el ascenso de las manos del plato a la boca y esperaba su turno; alcanzaba un hueso que a veces, para hacerlo desesperar, ponían a una altura exagerada o lo lanzaban a muchas varas de distancia; aprendió a hacer solos, a pescar un frijol en el aire y a dar la pata antes de recibir el mendrugo como premio de sus habilidades.

Aquella mañana comió con apetito y lo perdí de vista. Quizá el presentimiento hizo que recordase, en el trayecto de algunas calles, escenas de las que él había sido actor. Por ejemplo, discutí el amor de la gente humilde por un animal que paga con creces una mala pitanza y un peor trato. *Abelardo* no hubiera salido de la casa en todo el día, si no fuera porque estorbaba al barrido y al regado del patio; la escoba lanzada intencionalmente sobre sus espaldas, le señalaba el rumbo de la calle; los vecinos ni le agradecían ni toleraban que anunciara con ladridos a cuantos entraban o salían de la finca, y por eso el vagabundeo constituía su principal ocupación.

A la hora del rancho jamás faltó, y dadas las nueve de la noche se le arrojaba vergonzosamente al arroyo. Muchas veces llegué tarde y soñoliento, y muchas veces ví proyectarse junto a la mía su sombra; me seguía desconfiado y trotando a veces sobre mis pasos, a veces desde la acera de enfrente; pero al tocar, pegábase a la puerta, se escurría y sólo así conseguía dormir en cualquier rincón más abrigado que en la calle batida por los vientos.

Era feo, vulgar, de color amarillo ocre manchado de siena quemada, hijo de padres viciosos; su constitución raquítica hacía pensar en las consecuencias de la vida plebeya de los azotacalles. Me llamó la atención su indiferencia para con los gatos y su odio reconcentrado implacable, patológico, contra

las gallinas, que le producían crisis de cólera rayanas en la hidrofobia. Oír cantar a un gallo, lo ponía fuera de sí; ver a un plumífero de la especie, lo sacudía hasta la convulsión. ¿Qué oculto drama, qué antecedentes misteriosos originaron ese modo de ser? Lo ignoro. Odiaba la música, un piano lo ponía en fuga. Era dócil, cariñoso, chancista con los niños, se captaba fácilmente la simpatía de los terranovas y parecía afectuoso; noté en él tendencias a la sociedad de los animales de collar o raza fina. Había un aristócrata bajo su zalea de escuincla vulgar y callejero.

Primero acercóse al lebrillo que había en el zaguán y bebió con avidez, como si lo devorase la sed; la emprendió contra una palangana de agua jabonosa donde vacían tres sábanas retorcidas y comenzó a tambalearse, arañó la tierra, lo sacudió un calosfrío primero; el estremecimiento fue creciendo y los ojos fijos como los de un hipnotizado, las fauces abiertas, sin un gruñido, rígidas las patas, cayó al suelo sacudido por las convulsiones. Al verlo las criadas en ese estado, se asustaron; la dueña no estaba ahí; en un momento circuló la noticia.

– *Está envenenado el Abelardo.*

Quedóse en medio del patio, inmóvil; más al querer incorporarse, lo sacudía un nuevo acceso.

Temiendo que fuese rabia, todo el mundo cerró sus puertas, y desde los corredores, o tras de los vidrios, o por una puerta entornada, lo contemplaron.

– *¿Qué sucede?*

– *Que quién sabe qué tiene el perro de doña Jesusita.*

– *Le han de haber dado yerba.*

– *Estricnina* -dijo el estudiante de la principal, asomándose al corredor en pechos de camisa, con la izquierda dentro de un zapato y la diestra armada del cepillo de bolear-. *Estricnina*

-repitió-, convulsiones tetánicas. Sáquenlo a la calle.

Nadie se atrevió a hacerlo. Un muchachillo acudió por fin y lo tomó de las patas traseras, lo meció dos o tres veces y lo arrojó al empedrado. Al golpe, el animal volvió en sí, pudo incorporarse un poco, se arrastró con el flanco dejando un reguero de babas, y el ojo quemado por el sol del mediodía, el estómago con expansiones y contracciones de fuelle, con ansias de jadeo, las narices abiertas, los blancos colmillos al aire y la lengua caída, así estuvo breve rato. No había perdido el conocimiento; el ruido de los vehículos le sobresaltaba y el amor a la vida, el temor de perecer triturado, lo espoleaban para arrastrarse hasta la acera.

Entretanto, el vecindario estaba conmovido, en los balcones y en los zaguanes se asomaban caras curiosas, los mandaderos interrumpían su marcha para formar círculo a la víctima, y los niños, movidos por malsana curiosidad, o lo lapidaban o lo punzaban con palos y bastones.

Se llamó al gendarme para que le diera un tiro; si era rabia, matarlo; si estaba envenenado, ¿por qué no acortarle la vida? El joven guardián se negó; los balazos tronaban fuerte y se hacía escándalo.

El animal, en tanto, volvía los ojos a la calle de *la Granja*, como si por ella esperara ver llegar a doña Jesús; pero doña Jesús no aparecía. El licenciado del 6, que se había bajado del tren, se detuvo en la esquina y no entró en su casa; precisamente frente al zaguán de ella expiraba *Abelardo*. Acercóse para retroceder, no podía evitarlo, tenía un miedo mortal a los perros y hubo de tomar un coche que lo dejó precisamente a cinco varas del intoxicado, trepando escaleras con prisa de perseguido. Después, risueño y valeroso, se asomó al balcón; era uno de los que gritaban al gendarme.

– *Mátelo, gendarme, ¿no ve que tiene rabia? Babea y eso es malo.*

Tres o cuatro perros lo olieron y los mismos se pasaron de largo sin parecer inquietados en lo más mínimo por aquella bárbara y lenta agonía.

Por fin apareció doña Jesús; ya lo sabía todo, hacía cinco calles que se lo habían dicho. No sólo, ya le azuzaba la sospecha de que la autora del canicidio fuera la portera de enfrente, enemiga suya. Era muy sospechoso que todos menos ella contemplaran el fin del animal, y más sospechoso todavía que tuviera amarrado a su *Confite* del barandal de la escalera. Doña Jesusa no pareció conmoverse mucho.

– *La ve a usted, doña Jesusita. Pobrecito perro, ¡hasta se diría que llora! No le falta más que hablar. ¡Ánimas, qué saltos! ¿Qué sentirá? Es una inhumanidad que los martiricen así. ¿Qué hacen los pobres? A ver tú, Jazmín, ven acá, cuidado y te vas y te pasa lo mismo.*

– *Por eso el mío tiene collar.*

– *Y el mío no come nada que yo no le dé; está muy bien enseñado.*

– *Seis centavos dan por cada uno que matan ...*

– *Ahora sí creo que se murió.*

En efecto, un largo sacudimiento volteó boca arriba el *Abelardo*; las cuatro patas, rígidas, hacia el cielo; el hocico abierto, como si aspirase una ancha bocanada de aire. Después cayó de lado, aflojéronse los miembros, la cabeza doblóse sobre el pecho y una oreja, una hermosa oreja lanuda, cubrió el ojo que veía fijamente las lejanías. Lo sacudieron, lo alzaron de la patas y la cola ... Había muerto.

Todos se dispersaron, quedóse en medio de la calle. Doña Jesusa comió sin aquel huésped de su mesa, y a las dos horas

un perro que pasaba olfateólo por última vez. El licenciado, tranquilo y sin recelo, encendió un cigarro esperando el tren junto a los rieles, y se entretuvo en picotear al cadáver con la punta de su paraguas.



EL HORÓSCOPO

Amado Nervo | México

La quiromántica extendió las cartas.

—Veo aquí—dijo—un hombre rubio, que no le quiere a usted.

—Un hombre rubio... bueno, sí—respondió mi amigo, después de una pausa, durante la cual se puso a pensar en los hombres rubios que conocía. Y acercándose a mi oído:

—Ha de ser Pedro—me cuchicheó—; la verdad es que nunca me ha querido bien...

Añadió la hechicera:

—Un hombre rubio... joven.

Afirmó mi amigo:

—¡Claro! ¡Pedro!

La hechicera volvió a extender las cartas en abanico, después que mi amigo las hubo partido.

—Aquí hay una mujer que piensa en usted— dijo.

—Una mujer que piensa en mí...

—Sí, una mujer de cierta edad, de estatura mediana.

—Ya, ya caigo: ¡mi hermana María!



—Probablemente: es una señora vestida de negro. (Mi amigo lleva luto.)

—¡Eso es, mi hermana!

Vuelta a cortar las cartas y a extenderlas:

—Trae usted un negocio en manos: un negocio que le interesa...

—¡Sí, sí; continúe usted!

—Se le presentan algunas dificultades... Veo aquí una, sobre todo. Pero las vencerá usted al fin. Hay que tener paciencia.

Mi amigo sonrío satisfecho. — ¡Admirable! — me murmura al oído.

—Hay que tener paciencia—repite la hechicera— y cuidarse del hombre rubio.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Tendrá usted, además, que hacer un largo viaje por mar. (La hechicera sabe que mi amigo es americano). Ya ha hecho usted algún viaje de éstos, penoso por cierto... El que tiene usted que hacer no dejará de serlo; pero llegará usted con bien.

Vuelta a cortar los naipes y a extenderlos.

—Veo aquí un hombre que se interesa por usted. Está pensando en escribirle...

—¡Espléndido! —exclama mi amigo—; debe de ser Antonio.

—Veo, además, una herencia en el porvenir... No puedo decirle de cuánto, ni sé si es precisamente una herencia. Pero, en fin, las cartas hablan de dinero.

Mi amigo sonrío encantado.

—Y basta de cartas. ¿Cuándo nació usted?

—El doce de agosto de mil ochocientos setenta y tres.

— ¡Magnífico! No pudo usted nacer bajo mejores auspicios... Deme usted la mano (examinándola). Tiene usted un carácter generoso... Una inteligencia despierta, lúcida...

Ama usted lo bello. Las mujeres le prefieren (aunque a veces por pudor tengan que ocultarlo). Veamos la línea de la vida: es firme, segura, prolongada. Vivirá usted... ¡Ah! aquí veo un pequeño surco transversal... ¡Accidente! ¡Posibilidad de accidente! Atienda usted a sus piernas, a su corazón y a su cabeza... Por allí puede venirle algún mal... También está usted expuesto a enamorarse... ¡Cuidado! Es usted hombre que haría una locura... Por lo demás, las líneas todas son tranquilizadoras, menos la del accidente... Tenga usted cuidado en los viajes. Se trata de un accidente que puede ocurrirle en un viaje... Sólo que, a juzgar por lo incierto y débil de la línea, es accidente evitable.

La quiromántica sonríe:

—El horóscopo de usted es fácil y claro concluye—. Nació usted bajo una favorable conjunción de astros.

Mi amigo se despide embelesado, dejándole dos luisas.

—¡Estupefaciente! —exclama al salir.

Yo sonrío... como la quiromántica, y le digo:

—Cierto que, según afirma Carlos Nordmann, no puede caer sobre la tierra de un jardín el pétalo de una rosa sin que se altere el ritmo de la estrella Sirio... Pero no hay duda tampoco de que no urge ir hasta Sirio para hacer horóscopos como los de una mujer...

—¿No son acaso de una sorprendente sencillez?

—¡Ya lo creo!

—Y cuánta verdad encierran, ¿eh?

—¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo!



HUITZILOPOXTLI

Rubén Darío | Nicaragua

Tuve que ir, hace poco tiempo, en una comisión periodística, de una ciudad frontera de los Estados Unidos, a un punto mexicano en que había un destacamento de Carranza. Allí se me dio una recomendación y un salvoconducto para penetrar en la parte de territorio dependiente de Pancho Villa, el guerrillero y caudillo militar formidable. Yo tenía que ver a un amigo, teniente en las milicias revolucionarias, el cual me había ofrecido datos para mis informaciones, asegurándome que nada tendría que temer durante mi permanencia en su campo.

Hice el viaje, en automóvil, hasta un poco más allá de la línea fronteriza en compañía de mister John Perhaps, médico, y también hombre de periodismo, al servicio de diarios yanquis, y del Coronel Reguera, o mejor dicho, el Padre Reguera, uno de los hombres más raros y terribles que haya conocido en mi vida. El Padre Reguera es un antiguo fraile que, joven en tiempo de Maximiliano, imperialista, naturalmente, cambió en el tiempo de Porfirio Díaz de emperador sin cambiar en nada de lo demás. Es un viejo fraile vasco que cree en que todo

está dispuesto por la resolución divina. Sobre todo, el derecho divino del mando es para él indiscutible.

-Porfirio dominó -decía- porque Dios lo quiso. Porque así debía ser.

-¡No diga macanas! -contestaba mister Perhaps, que había estado en la Argentina.

-Pero a Porfirio le faltó la comunicación con la Divinidad... ¡Al que no respeta el misterio se lo lleva el diablo! Y Porfirio nos hizo andar sin sotana por las calles. En cambio Madero...

Aquí en México, sobre todo, se vive en un suelo que está repleto de misterio. Todos esos indios que hay no respiran otra cosa. Y el destino de la nación mexicana está todavía en poder de las primitivas divinidades de los aborígenes. En otras partes se dice: "Rascad... y aparecerá el...". Aquí no hay que rascar nada. El misterio azteca, o maya, vive en todo mexicano por mucha mezcla social que haya en su sangre, y esto en pocos.

-Coronel, ¡tome un whisky! dijo mister Perhaps, tendiéndole su frasco de ruolz.

-Prefiero el comiteco- respondió el Padre Reguera, y me tendió un papel con sal, que sacó de un bolsón, y una cantimplora llena de licor mexicano.

Andando, andando, llegamos al extremo de un bosque, en donde oímos un grito:

"¡Alto!". Nos detuvimos. No se podía pasar por ahí. Unos cuantos soldados indios, descalzos, con sus grandes sombrerones y sus rifles listos, nos detuvieron.

El Viejo Reguera parlamentó con el principal, quien conocía también al yanqui. Todo acabó bien. Tuvimos dos mulas y un caballo para llegar al punto de nuestro destino. Hacía luna cuando seguimos la marcha. Fuimos paso a paso. De pronto exclamé dirigiéndome al viejo Reguera:

-Reguera, ¿cómo quiere que le llame, Coronel o Padre?

-¡Como la que lo parió! – bufó el apergaminado personaje.

-Lo digo- repuse- porque tengo que preguntarle sobre cosas que a mí me preocupan bastante.

Las dos mulas iban a un trotecito regular, y solamente mister Perhaps se detenía de cuando en cuando a arreglar la cincha de su caballo, aunque lo principal era el engullimiento de su whisky.

Dejé que pasara el yanqui adelante, y luego, acercando mi caballería a la del Padre Reguera, le dije:

-Usted es un hombre valiente, práctico y antiguo. A usted le respetan y lo quieren mucho todas estas indias. Dígame en confianza: ¿es cierto que todavía se suelen ver aquí cosas extraordinarias, como en tiempos de la conquista?

-¡Buen diablo se lo lleve a usted! ¿Tiene tabaco?

Le di un cigarro.

-Pues le diré a usted. Desde hace muchos años conozco a estos indios como a mí mismo, y vivo entre ellos como si fuese uno de ellos. Me vine aquí muy muchacho, desde en tiempo de Maximiliano. Ya era cura y sigo siendo cura, y moriré cura.

-¿Y...?

-No se meta en eso.

-Tiene usted razón, Padre; pero sí me permitirá que me interese en su extraña vida. ¿Cómo usted ha podido ser durante tantos años sacerdote, militar, hombre que tiene una leyenda, metido por tanto tiempo entre los indios, y por último aparecer en la Revolución con Madero? ¿No se había dicho que Porfirio le había ganado a usted?

El viejo Reguera soltó una gran carcajada.

-Mientras Porfirio tuvo a Dios, todo anduvo muy bien; y eso por doña Carmen...

-¿Cómo, padre?

-Pues así... Lo que hay es que los otros dioses...

-¿Cuáles, Padre?

-Los de la tierra...

-¿Pero usted cree en ellos?

-Calla, muchacho, y tómate otro comiteco.

-Invitemos -le dije- a mister Perhaps que se ha ido ya muy delantero.

-¡Eh, Perhaps! ¡Perhaps!

No nos contestó el yanqui.

-Espere- le dije, Padre Reguera; voy a ver si lo alcanzo.

-No vaya- me contestó mirando al fondo de la selva. Tome su comiteco

El alcohol azteca había puesto en mi sangre una actividad singular. A poco andar en silencio, me dijo el Padre:

-Si Madero no se hubiera dejado engañar...

-¿De los políticos?

-No, hijo; de los diablos...

-¿Cómo es eso?

-Usted sabe.

-Lo del espiritismo...

-Nada de eso. Lo que hay es que él logró ponerse en comunicación con los dioses viejos...

-¡Pero, padre...!

-Sí, muchacho, sí, y te lo digo porque, aunque yo diga misa, eso no me quita lo aprendido por todas esas regiones en tantos años... Y te advierto una cosa: con la cruz hemos hecho aquí muy poco, y por dentro y por fuera el alma y las formas de los primitivos ídolos nos vencen... Aquí no hubo suficientes cadenas cristianas para esclavizar a las divinidades de antes; y cada vez que han podido, y ahora sobre todo, esos diablos se muestran.

Mi mula dio un salto atrás toda agitada y temblorosa, quise hacerla pasar y fue imposible.

-Quieto, quieto- me dijo Reguera.

Sacó su largo cuchillo y cortó de un árbol un varejón, y luego con él dio unos cuantos golpes en el suelo.

-No se asuste -me dijo-; es una cascabel.

Y vi entonces una gran víbora que quedaba muerta a lo largo del camino. Y cuando seguimos el viaje, oí una sorda risita del cura...

-No hemos vuelto a ver al yanqui le dije.

-No se preocupe; ya le encontraremos alguna vez.

Seguimos adelante. Hubo que pasar a través de una gran arboleda tras la cual oíase el ruido del agua en una quebrada. A poco: "¡Alto!"

-¿Otra vez? - le dije a Reguera.

-Sí -me contestó-. Estamos en el sitio más delicado que ocupan las fuerzas revolucionarias. ¡Paciencia!

Un oficial con varios soldados se adelantaron. Reguera les habló y oí contestar al oficial:

-Imposible pasar más adelante. Habrá que quedar ahí hasta el amanecer.

Escogimos para reposar un escampado bajo un gran ahuehuete.

De más decir que yo no podía dormir. Yo había terminado mi tabaco y pedí a Reguera.

-Tengo -me dijo- , pero con mariguana.

Acepté, pero con miedo, pues conozco los efectos de esa yerba embrujadora, y me puse a fumar. En seguida el cura roncaba y yo no podía dormir.

Todo era silencio en la selva, pero silencio temeroso, bajo la luz pálida de la luna. De pronto escuché a lo lejos como un

quejido largo y aullante, que luego fue un coro de aullidos. Yo ya conocía esa siniestra música de las selvas salvajes: era el aullido de los coyotes.

Me incorporé cuando sentí que los clamores se iban acercando. No me sentía bien y me acordé de la mariguana del cura. Si sería eso...

Los aullidos aumentaban. Sin despertar al viejo Reguera, tomé mi revólver y me fui hacia el lado en donde estaba el peligro.

Caminé y me interné un tanto en la floresta, hasta que vi una especie de claridad que no era la de la luna, puesto que la claridad lunar, fuera del bosque era blanca, y ésta, dentro, era dorada. Continué internándome hasta donde escuchaba como un vago rumor de voces humanas alternando de cuando en cuando con los aullidos de los coyotes.

Avancé hasta donde me fue posible. He aquí lo que vi: un enorme ídolo de piedra, que era ídolo y altar al mismo tiempo, se alzaba en esa claridad que apenas he indicado. Imposible detallar nada. Dos cabezas de serpiente, que eran como brazos o tentáculos del bloque, se juntaban en la parte superior, sobre una especie de inmensa testa descarnada, que tenía a su alrededor una ristra de manos cortadas, sobre un collar de perlas, y debajo de eso, vi, en vida de vida, un movimiento monstruoso. Pero ante todo observé unos cuantos indios, de los mismos que nos habían servido para el acarreo de nuestros equipajes, y que silenciosos y hieráticamente daban vueltas alrededor de aquel altar viviente.

Viviente, porque fijándome bien, y recordando mis lecturas especiales, me convencí de que aquello era un altar de Teoyaomiqui, la diosa mexicana de la muerte. En aquella piedra se agitaban serpientes vivas, y adquiriría el espectáculo una actualidad espantable.

Me adelanté. Sin aullar, en un silencio fatal, llegó una tropa de coyotes y rodeó el altar misterioso. Noté que las serpientes, aglomeradas, se agitaban; y al pie del bloque ofídico, un cuerpo se movía, el cuerpo de un hombre: Mister Perhaps estaba allí.

Tras un tronco de árbol yo estaba en mi pavoroso silencio. Creí padecer una alucinación; pero lo que en realidad había era aquel gran círculo que formaban esos lobos de América, esos aullantes coyotes más fatídicos que los lobos de Europa.

Al día siguiente, cuando llegamos al campamento, hubo que llamar al médico para mí.

Pregunté por el Padre Reguera.

-El Coronel Reguera -me dijo la persona que estaba cerca de mí- está en este momento ocupado. Le faltan tres por fusilar.



La Pantomima

Enrique Gómez Carrillo | Guatemala

Cuando Luciano y Violeta llegaron a la Bodinniere, ya la representación había comenzado.

- ¿Hace mucho tiempo? - preguntó el poeta en la puerta.

- No; hará diez minutos; están en la conferencia.

La conferencia no tenía gran importancia, al menos para Luciano que en más de una ocasión se la había oído recitar a su amigo.

- ¿Entramos enseguida o esperamos el principio de la pantomima?

Violeta prefirió esperar en la sala de exposición, admirando una serie de retratos de Sara Bernhardt dibujados por el húngaro Mucha.

- ¿Le gusta a usted este artista? - preguntó Luciano a su compañera, después de haber visto todos los cuadros expuestos.

- Sí me gusta; pero prefiero, en el mismo género, a Marcel Lenoir.

- Lo que dice usted es muy justo desde un punto de vista personal. Yo también preferiría verla a usted retratada por

Lenoir que por Mucha. Este último es muy atormentado, muy onduloso, muy felino, mientras que el otro es enteramente hierático... como usted.

- Usted persiste en considerarme como una mujer muy seca y muy fría ...

Luciano no contestó. Los aplausos, resonando en el fondo de la sala le hicieron olvidar a los pintores a la moda, para pensar de nuevo en Pierrot.

- Entremos - dijo. - Ya la conferencia ha terminado.

Violeta dió el brazo a su amigo y ambos penetraron, entre la multitud que llenaba los pasillos.

- "¡Cuánta gente!" - Era la exclamación general. Todo el mundo estaba admirado de ver una concurrencia tan numerosa para asistir a una fiesta tan poco anunciada. "¡Cuánta gente!" - En las butacas, en efecto, los sombreros floridos de las mujeres abundaban tanto como las cabezas descubiertas de los hombres. La galería estaba llena y sólo quedaba aun libre el único palco del teatro, el palco oscuro, alto, profundo cual una alcoba, que Luis había preservado para el más íntimo de sus amigos.

Luciano y Violeta acomodáronse en sus sitios, muy satisfechos de ver el éxito de la velada.

- ¿Cuántos son los personajes de la pantomima? preguntó la actriz.

- Dos - repuso el poeta, Pierrot y Colombina. Colombina es una chiquilla de nuestro barrio que según creo está volviendo loco a nuestro amigo.

- ¿Es bonita?

- Sí; y además tiene talento. Se llama Sonia.

- ¡Ah! ya sé, una morenita que hace versos y que venía siempre a los cafés del Boulevard San Miguel con Amelia y con Matilde.

- ¿Conoce usted a Matilde, la de Montmartre?
- Sí; la conocí en otro tiempo, cuando yo era modelo..
Luciano ignoraba la historia de Violeta.
-¿Modelo?
- Sí; modelo.

Inconscientemente algo del respeto que siempre había tenido por la querida de Durán desapareció, como por encanto, del alma impresionable del poeta. “Había sido modelo... había conocido a Sonia y a Matilde... Luego no era hija de una princesa...” “Mejor!”...-pensó. Así podría hablarle con más confianza y tal vez ... tal vez ... El recuerdo del beso deseado y no obtenido, acentuóse en su memoria.

Al fin sonaron los tres golpes clásicos que anuncian en París el principio del acto, y el telón se levantó lentamente, entre el murmullo de los espectadores que terminaban sus comentarios con cuchicheos definitivos.

.... Y apareció Pierrot, vestido de blanco, pintado de blanco, bañado por la blanca luz de la luna.

Colombina no está aún allí, a pesar de ser el instante de la cita... “¿En dónde estará Colombina?” Todas las suposiciones, buenas y malas, pasan por la mente del enamorado. Su rostro indica la confianza “debe de estar en su casa, vistiéndose, componiéndose, empolvándose, para llegar más bella que nunca...” Pero ¿y se no estuviese en su casa? ... La duda frunce el albo entrecejo del que espera... ¡Si estuviese en casa del marqués!... Dos chispas negras brillan en sus pupilas, entre los párpados blancos...

Transcurren cinco minutos durante los cuales Pierrot ve moverse las agujas de todos los relojes con una rapidez vertiginosa... ¿Cinco minutos?... Para su alma son cinco horas, cinco días, cinco siglos... ¡Es necesario llamarla!... La llama, la implora, la suplica, la amenaza... ¡Nada!... Con las manos devotamente unidas sobre sus labios hambrientos, ofrécela mil besos... ¡Nada!... Al fin saca de la faltriquera un collar de piedras preciosas que acaba de robar en un escaparate: lo hace brillar a la luz de la luna, se lo pone en la garganta, lo sacude, lo ofrece... ¡es para ella!

Atraída por el reflejo de las gemas, Colombina aparece, rosada de rostro, rosada de manos, toda rosada, en fin, en la rosa ligera de su traje ... “¿Son para ella, las joyas?” -Pierrot dice que no, con la cabeza ... “no, no, no” ... Ella se acerca, le acaricia, y sin hacer caso de sus negativas, le tiende el cuello desnudo, para que la ponga el collar ... “¿Besos?”... No... primero el collar ... después los besos ... “¡Tus labios, Colombina!” ... “¡El collar, Pierrot!...” ... Luego los besos que él da con fervor místico y ardiente... que ella recibe como las gotas de una llovizna estival sonriendo con su sonrisa color de rosa.

La primera parte había terminado.

- ¡Admirable! - exclamó Violeta, volviendo la cara hacia Luciano que se recostaba en el respaldo de su asiento, en el fondo del palco.

- ¿Quién de los dos le gusta a usted más? - Le preguntó el poeta al oído.

- Los dos. Él es un artista verdadero y explica perfectamente las complicaciones de su alma atormentada. Pero ella, en la sencillez instintiva de su papel, se expresa con más claridad que él... ¿No le parece a usted extraordinaria

la facilidad que tienen las parisienses para ser coquetas en las tablas?...

- No sólo en las tablas...

- Sí; pero fuera de las tablas, en la intimidad, todas las mujeres del mundo son iguales. Lo raro en las muchachas de París, es la confianza en sí propias que les permite moverse lo mismo en el escenario de un teatro, ante mil personas, que en sus dormitorios, junto a un amante... Yo soy parisiense y me acuerdo de mi debut... ¿Por qué le he de negar que tenía miedo?... Sí lo tenía, muy grande... Pero al verme ante el público, el sentimiento de la coquetería pudo más en mí que el miedo de los espectadores... y fui natural... Me acuerdo de un viejecito muy elegante, que estaba en el primer palco de la derecha y que parecía mirarme con interés. A mí se me figuró que no había más que él en el teatro: que él era la crítica, la prensa, la aristocracia... y durante toda la representación, no pronuncié una sola palabra sin fijarme en su rostro apergaminado. Cuando él aplaudía, yo estaba contenta, contenta, como si todo París me hubiese aplaudido...

- Es curioso...

Luciano seguía pensando que Violeta había sido modelo de pintor, en Montparnasse; que muchos hombres habían visto su cuerpo desnudo; que Matilde y Sonia habían sido sus amigas... tal vez sus compañeras... Eso era, para él, una revelación que le obligaba a reírse de sí mismo; de su antiguo respeto y de sus reverencias de la víspera... ¡Había sido modelo!... ¡Todos la habían visto desnuda!... La visión del cuerpo fino de la actriz apareció, neta, ante su retina: la vió de pie sobre una mesa

de estudio, muy alta, muy delgada, muy bella, levantando los brazos como Afrodita, o inclinándose como Diana, para atar los cordones de su sandalia...

De pronto, una vocecilla temblequeante le sacó de su sensual ensimismamiento. Era Blemont que le decía buenas noches al pie del palco.

- Buenas noches, Lucianito.

- ¿Tú aquí? Hace dos horas te dejé en una esquina, sin embargo...

Sí; pero al llegar a su casa el pobre bohemio había encontrado cuatro billetes para asistir a la pantomima. Su deseo era aplaudir a Luis... allí estaban todos los amigos... Y todos muy contentos... muy entusiastas... Pierrot tenía genio... Le harían una ovación al final.

El telón se levantó de nuevo... y Pierrot, más blanco todavía, blanco con la blancura cadavérica de los celos, blanco como la hostia de la comunión de los agonizantes, blanco cual un muerto, en su túnica color de sudario, apareció tras una puerta. Sus ojos brillaban, en la máscara de yeso, con resplandores lamentables de cirio. La contracción de sus labios tenía algo de macabro... Oía...

.... ¡Pobre Pierrot!... Pegando el rostro contra la puerta cerrada, oía lo que pasaba en la alcoba... Oía los suspiros de Colombina; y oía las palabras del marqués... Su frente, su boca, sus manos, todo su ser, en fin, iba indicando las impresiones que producían en su alma doliente las escenas de la traición...

Cuando un beso sonaba dentro, Pierrot sentía el beso... cuando una risa llegaba hasta él, Pierrot reía.... cuando las manos de Colombina estrechaban las manos del marqués, Pierrot unía sus manos... Y ese simulacro de amor, indicando el amor de la mujer amada y del hombre

aborrecido, tenía, en su elocuencia silenciosa, un aspecto trágico y alucinante.

Los ojos de Violeta estaban húmedos de lágrimas. Luciano se acercó a ella y sin decirle una palabra, impulsado por la pasión que flotaba en la atmósfera, le cogió una mano y la acarició largo rato entre las suyas. Sus ojos se encontraron y contempláronse tiernamente....

En el fondo de la sala, Pierrot seguía sufriendo. De pronto todo su cuerpo se irguió. ¡Ya era bastante!

Con los puños crispados, precipitóse sobre la puerta y llamó, llamó con insistencia, hiriéndose las manos, apoyando las rodillas, la frente y el pecho contra la madera impenetrable... Llamó, llamó, llamó...

Cuando el telón comenzó a caer, Pierrot llamaba todavía...

Al oír los aplausos que saludaban al altísimo poeta mudo, Violeta retiró, en un ademán rápido, la mano que había abandonado durante el acto entre las manos del poeta. - Luego, con voz alterada por la emoción, dijo su entusiasmo artístico y su infinito goce sensitivo.

Luciano la dejaba hablar, sin interrumpirla, sin oírla casi, fijándose únicamente en la palpitación de sus labios sensuales... Cuando quiso responderla y ser elocuente como ella, no lo pudo. Su garganta tenía algo de anormal y su boca estaba seca. Cambió de sitio.

- ¿Se aleja usted de mí? - preguntóle su compañera mirándole dulcemente.

Él volvió a ocupar su silla detrás de Violeta, sin decir nada, sonriendo con una sonrisa de agradecimiento y de súplica.

Al fin el telón se levantó para dejar ver el último acto de la pantomima.

Allí estaba Pierrot, con una espada en la mano, nervioso, esperando a su rival. El rival llegó ... ¿en dónde estaba?... Allí, frente al amante de Colombina; y sin embargo nadie le veía... Allí estaba; Pierrot saludábale con seca cortesía... poníase luego en guardia... atacábale...

En la escena no había sino un mimo armado, resistiendo a ataques ideales, lanzándose furioso contra el aire, y saludando, de vez en cuando, a la izquierda... Era un duelo solitario, pero hecho con tal brillo, con tal pasión, con tal arte, que los espectadores llegaban a ver (visionarios tiranizados por el genio) las sombras del enemigo y de los testigos.

El duelo duró mucho tiempo. Al fin Pierrot soltó la espada, levantó los brazos para que las sombras de sus amigos le sostuviesen, comenzó a agonizar... Sus ojos se dilataron horriblemente haciendo dos manchas violáceas en la blancura del rostro; su nariz se adelgazó; su labio inferior agrandóse, ablandándose y contrayéndose en un gesto de precoz descomposición...

... Iba a caer, Pierrot; ya no tenía fuerzas; su sangre, escapándose por una herida invisible, vaciaba su cuerpo como una vejiga agujereada... Iba a caer, cuando Colombina apareció, despeinada y sin sombrero, vestida apenas con una enagua y un corsé... El marqués trató de agarrarla, pero ella resistió, colérica, precisada, y llegó hasta Pierrot que se precipitó sobre ella, ofreciéndole aún sus labios ya muertos pero llenos aún de besos funerales...

Al final de la escena, Violeta buscó la mano de su amigo y la acarició febrilmente durante un minuto. Luego se puso de pie, pálida, temblorosa, con las pupilas ahogadas en la humedad de sus lágrimas.

- ¿Nos vamos? - dijo.

Luciano repuso dominando su emoción:

- Luis nos espera... es imposible marcharnos sin felicitarle... ¡Nos quiere tanto, el pobre!

- Es verdad - murmuró Violeta.

Entre bastidores fueron recibidos con entusiasmo por Pierrot y Colombina, que principiaban ya a limpiarse la pintura que cubría sus rostros.

Sonia estaba radiante de alegría con su primer triunfo, obtenido en un teatro verdadero, ante un gran público. Sus éxitos anteriores, en el concierto de los Decadentes, parecíanle puras niñerías. Lo que deseaba ahora, era seguir siendo aplaudida al lado de Pierrot por todo el París artístico de los estrenos del Boulevard.

Violeta le hizo muchos elogios.

- ¿De veras, te gusto?

Sus ojos negros indicaban la satisfacción orgullosa de su alma. Creíase una gran actriz, y la misma Violeta, en quien antes había visto una mujer superior que ni siquiera tenía derecho de envidiar, parecióle como una compañera suya, ni más ni menos grande que ella.

- ¿De veras, de veras, te gusto? - preguntó de nuevo.

- Eres admirable - repuso con convicción la querida de Durán.

- ¿Y Luis? ... ¿Qué dices de Luis? ... ¿No te parece genial?...

- Sí; soberbio ...

En la expansión de su dicha, Pierrot repartía abrazos a diestra y siniestra, ensuciando, con el blanco de su

rostro la levita de Luciano, estrujando el talle de Violeta y magullando a Colombina.

Sonia, por su parte, ocupábase más de Pierrot que de ella misma, mojándole las toallas, arreglándole la camisa, sacudiendo sus vestidos, ayudándole, en fin, en su *toilette*, con una solicitud enternecedora. “¡Mi Luisito” - decía - “mi Luisito adorado!”... y con un impudor ingenuamente parisiense, acariciábale las manos y se frotaba contra él como una gata enamorada.

Mientras Pierrot y Colombina cambiaban de traje, Violeta y Luciano pasaron a un saloncillo mal alumbrado. Sentados en el mismo sofá, charlaron ... Dijéronse, sin notarlo y hablando a medias palabras, muchos secretos; descubriéronse algunos rincones de sus almas orgullosas; hiciéronse traición a sí mismos, abriendo más de lo que hubieran querido las puertas, generalmente selladas, de sus jardines secretos...

Desde que su amiga le había confiado su antigua profesión de modelo, Luciano sentía por ella un cariño casi compasivo. Sin saber por qué, la estimaba menos y la quería más. Ya no veía en ella frialdad ninguna, sino una gran melancolía y una resignación silenciosa que la obligaba a tolerar a René para no perder su posición y su tranquilidad...

Violeta, a su vez, comprendía que, al revelar su antiguo oficio y sus antiguas relaciones, había entregado algo de ella misma a su compañero de esa noche; y, resignada, decíase mentalmente que nadie hubiera podido merecer más que Gramont, su cariño y su confianza.

Después de un largo silencio pensativo, el poeta preguntó:

- ¿En qué piensa usted?
- En nada - repuso ella. - ¿Y usted?
- Yo ... en usted.

Sus manos se buscaron instintivamente, como antes lo habían hecho en la penumbra del palco, y sus miradas se confundieron de nuevo.

- ¡Luciano!...

- ¡Violeta!...

Era la primera vez que ambos se llamaban por sus nombres, a pesar del deseo expresado por ella, desde un principio, de ser tratada con confianza.

De pronto, cuando menos lo esperaban, oyeron llamar a la puerta y simultáneamente dijeron: “adelante”.

Un empleado del teatro, llevaba un sobre para Luis. Abriólo Luciano y leyó: “Producto de la velada... Butacas obsequiadas por el autor... 200.- Butacas vendidas... 102... Producto líquido ...306 francos”.

En el mismo sobre iban tres billetes azules del Banco de Francia.

- Está bien - dijo el poeta dirigiéndose al empleado, después de enterarse de la cuenta.

- Necesito un recibo, caballero.

Fue indispensable llamar a Luis que llegó, ya “vestido de paisano”, siempre nervioso y siempre contento, a firmar lo que le pusieron delante, sin fijarse en las cifras. “¡Un recibo! - pensaba - es la primera vez que doy un recibo!... Mi vida nueva, rica y gloriosa, se inaugura brillantemente” - Luego preguntó al oído, a su amigo, cuánto le habían dado.

- Trescientos francos - repuso Luciano.

- ¿Nada más?

- Nada más.

- No importa; ya ganaremos muchos millares... Esta vez ha sido necesario regalar algunas butacas... Por lo pronto guárdate eso para ti.

- ¿Para mí? ... No seas tonto ... Tú tienes más necesidad que yo, con tu Colombina.

- Guárdate la mitad entonces.

Luciano se guardó cien francos y entregó los otros dos billetes a su amigo.

Violeta, viendo que ya era muy tarde, quería marcharse.

- Vámonos - dijo el poeta.

En el coche que los conducía, de nuevo hacia el Luxemburgo, la actriz y su compañero hablaron con íntima ternura de Luis y Sonia.

- ¡Qué dichosos son!

- Sí, muy dichosos.

Sus manos no se juntaban ya, para acariciarse; pero en cambio cada una de sus palabras era una caricia.

Al despedirse, en la puerta de la casa de Durán, sintieron una gran congoja, como si el adiós que se decían fuese el último.

- Adiós Violeta ...

- Adiós Luciano.

Por fin el poeta se llevó a los labios la mano ardiente: de su amiga, rompiendo así, con la brusquedad de un beso sonoro, el dulce ensueño que mecía silenciosamente sus almas ...

REPORTAJE ENDIABLADO

Roberto Jorge Payró | Argentina

I

- ¡Váyase usted al infierno!
- Inmediatamente, señor Director.

II

En la antesala no había nadie, y profundo silencio reinaba en las oficinas infernales. Me atreví a asomar las narices por la puerta de una especie de alcoba, y quedé estupefacto: Satanás dormía la siesta a las dos de la tarde, como cualquier funcionario del interior. Debí hacer ruido porque mi hombre despertó, y, restregándose los ojos y en medio de un bostezo, preguntó malhumorado:

-¿Quién es? ¿Qué se le ofrece? ¿A quién busca?

-¿Tengo el honor de hablar con el señor Satanás en persona? Soy repórter... y venía...

-Sí, sí: repórter; ya sé... Tengo muchos aquí. Me aburren todo el día a fuerza de preguntas...Son un verdadero suplicio... Usted también querrá preguntarme, ¿no?

-En efecto, y si usted me permite... El lugar que ocupa, la importancia de sus funciones y la trascendencia que tendrá su actitud en las actuales circunstancias, tan erizadas de dificultades y peligros...

-Ta, ta, ta, señor repórter. Está usted muy atrasado de noticias, cuando no sabe que me he retirado a la vida privada. Sí, amigo, sólo quiero silencio y olvido, y que se me deje gozar en paz de mis rentas... ¡Bastante he trabajado en esta última cincuentena de siglos...!

A todo esto, Satanás se había sentado a la orilla del catre, y se abrochaba los botines de suela angosta y larga, una de sus grandes invenciones.

-Sin embargo -exclamé-, su opinión es tan decisiva, influirá tanto en la marcha ulterior de los sucesos, que sería un triunfo conseguir esa primicia y darla a publicidad. Además, usted está en el deber de decir una palabra y el director sabe muy bien cuándo debe mandarnos al diablo...

-¡Pues, amigo! -contestó Satanás, despreciándose hasta descoyuntarse-, viene usted mal. No sé nada de lo que ocurre, y no estoy para ocuparme de tonterías.

-Pero ¿no dicen que maneja usted el mundo en compañía de la carne?

-Eso fue, hace siglos... por inexperiencia. Siéntese.

Él se tendió en un sofá, ofreciéndome una silla.

-¿Y ahora? -inquirí.

-Ahora, la humanidad se maneja a su antojo, y, como anda dada al diablo, y la vida es un infierno, poco tengo que preocuparme de ella. Ella se lo guisa, ella se lo come, y las zahúrdas de Plutón, como llamó Quevedo a nuestra residencia, están más pobladas que nunca...

-¿Ha modernizado usted los sistemas?

-En efecto: he adoptado el de las sociedades anónimas y he convertido mi gran establecimiento en una compañía de la que soy el principal accionista. Le presto mi nombre, maneja mis capitales y me da mi parte de los dividendos sin exigir nada de mí.

-Pero las tentaciones...

-La gente se tienta sola, amigo. Antes, me daba un trabajo de todos los demonios para hacer pecar a unos cuantos pobres diablos que no me dejaban tiempo para nada. Muchas veces tenía que pasarme días enteros en una miserable tentación, que solía fracasar porque, por atender a éste, descuidaba a aquéllos, y todo iba como el diablo. Hasta estuve por hacer bancarrota en una ocasión...

-¿Los gastos son muchos?

-Ahora no. El sistema moderno tiene grandes ventajas: sin riesgos, sin alternativas graves; no tengo sino una responsabilidad limitada, y la empresa prospera a vista de ojo. El costo del funcionamiento es pequeño, porque los hornos eléctricos son muy económicos, exigen poco personal y sustituyen con ventaja a las calderas de pez hirviendo, sucias, antihigiénicas y de un gasto bárbaro. Pero Botero lo maneja todo por medio de conmutadores, desde su oficina, y los tres condenados del motor y las dinamos, que trabajan como unos ángeles, están hoy en el Paraíso gracias a la sencillez de la maquinaria.

¡Oh!, el infierno, confortable y bien alumbrado, está limpio como una patena, y da envidia a los conservadores retrógrados del Cielo, que ni siquiera tienen pavimentos de asfalto...

-Muy bien. Pero ¿qué hace usted para que no disminuya la inmigración?

-Nada.

-¡Cómo así! -exclamé con asombro.

-La gente se ha hecho muy desconfiada, y no hay que despertar sospechas con ofrecimientos de ninguna especie.

-No comprendo.

-¡Inocente! Si usted ofrece algo a su prójimo, así, de buenas a primeras, le hace temer que haya trampa, y se malogra el negocio. Ahora dejo que mis competidores ofrezcan el Cielo, con estrellas y todo; yo me callo, y, como es natural, la clientela toma el camino de mi casa convencida de que no le daremos aquí gato por liebre.

Y Satanás se levantó, dando por terminada la entrevista.

-Pero ¿y los pactos con el diablo? -pregunté al despedirme.

-¡Oh! ¡Antigualla!, *vieux jeu*, engañabobos contraproducente. ¡Cuántos he tenido que protestar, al divino botón, porque no me han pagado ni por esas! Melmoth se reconcilió. El mismo Fausto, a quien di plata, juventud, una linda moza y qué se yo qué más, me estafó al fin, me hizo el cuento del tío... Ahora no doy, ni prometo nada... Los ricos vienen porque tienen dinero, los pobres porque quieren tenerlo... Y yo paso tranquilamente mi eternidad. Buenas tardes.

-Para servir a usted.

-Cuando esté desocupado, véngase a mis *five o'clock*. Tenemos canto llano, y un predicador estupendo.

**SI TE GUSTÓ ESTE
LIBRO TE PODRÍA GUSTAR:**

Doña Bárbara

Rómulo Gallegos

El rastro de tu sangre en la nieve

Gabriel García Márquez

Un pacto con el diablo

Juan José Arreola Zúñiga

Aura o las Violetas

José María Vargas Vila

Y PUEDES VER:

También la lluvia

Icíar Bollaín

La teta asustada

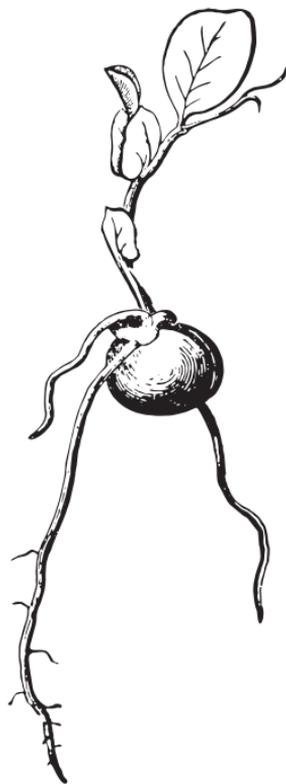
Claudia Llosa

Subterra

Marcelo Ferrari

La deuda

Barney Elliott



Estas historias germinaron a finales del siglo XIX y volvieron a germinar en el mes de agosto de 2020 en la ciudad de Cartagena.
En esta composición se usó la fuente Rotis Normal.

ABYA YALA: CUENTOS LATINOAMERICANOS

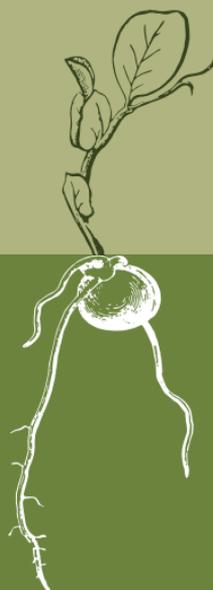
ABYA YALA: CUENTOS LATINOAMERICANOS

Esta Antología de cuentos nos brinda la oportunidad de descubrir cómo era la casa de América Latina después de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX; cómo se pensaban a los hombres y las mujeres en ese tiempo, qué valores sociales se ponían en pugna; cuáles temas eran de mayor preocupación y cómo a través de los cuentos se revelaba eso que llamamos la condición humana en las nacientes naciones latinoamericanas. Propongo que, así como nos disponemos un sábado o en vacaciones para maratonear series, entremos en estos cuentos para descubrir quiénes hemos sido; para mejor ver quiénes somos; para disfrutar del placer que implica imaginar otros tiempos, otros espacios; para percibirnos revelados, desnudados, afirmados, contrariados, chocados, transformados en estas casas habitadas por los grandes clásicos de la literatura latinoamericana.

Aleyda Gutiérrez Mavesoy

¿Cómo crear una comunidad de lectores?

¿Qué tal leer todos un mismo libro y hacer que esa lectura se convierta en un pretexto para conocernos y acercarnos más unos a otros? Ese es el espíritu de la **Colección Semilla**, que pretende ser origen de muchas cosas: del hábito de leer por gusto; de una biblioteca personal de libros fascinantes; de apasionadas conversaciones sobre las ideas, los autores y las épocas de los relatos; de una relación amorosa con los libros y los lectores.



EDICIONES
UTB



Universidad
Tecnológica
de Bolívar
CARTAGENA DE INDIAS


COLECCIÓN
SEMILLA